

1 PTA

ELISSA LANDI

VICTOR  
MAC  
LAGLEN

# MALVADA

EDICIONES  
BISTAGNE





MALVADA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## MALVADA

Sentimental asunto, cautivante y conmovedor, de franco éxito

Dirigido por ALLAN DWAN



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN





### INTÉRPRETES PRINCIPALES:

**Elissa Landi**

**Víctor Mac Laglen**

# MALVADA

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Corría el automóvil por el magnífico asfaltado de la ciudad. En lo alto de los grandes edificios campeaban los anuncios luminosos, cambiando constantemente de forma como si hicieran guiños a las estrellas. Abajo, muchas tiendas habían sido apagadas, pero en otras resplandecía todavía el estuche de sus escaparates.

Las calles estaban casi desiertas. Eran las diez de la noche y la ciudad entera se hallaba en sus casas o en los cines y teatros esparcidos en gran número por la calle. Sólo algunos transeúntes solitarios, algunas parejas de enamorados, de esas que nunca tienen prisa, algunos guardias que efectuaban perezosamente su turno, se hallaban en

los paseos... En cambio, desfilaba continuamente un rosario de automóviles de todas marcas, sorteando obstáculos, guiados por las lucecillas de sus faros.

En un coche de conducción interior, que iba a bastante velocidad, se hallaban discutiendo tres hombres, discusión que habían emprendido desde el momento de ponerse en marcha.

El que iba en el centro, un hombre joven, parecía demostrar gran inquietud que contrastaba con la fría serenidad de sus acompañantes.

—¡Toma esta pistola, Rand!— le dijo uno de éstos entregándole un arma color de plomo.

El llamado Rand se estremeció y



sus manos empuñaron la pistola con el temblor del hombre que nunca usó arma alguna.

—No puedo hacer una cosa semejante. ¡Dejadme bajar!

—¡No seas tonto!... Nada ocurrirá...

—¡Dejadme! El sereno está sobornado... El os dirá dónde está la caja... No necesitáis para nada de mí.

—Tú trabajas en el Banco y lo conoces todo bien... De modo que no insistas. Te comprometiste a ayudarnos y tienes que cumplir tu palabra.

El coche se detuvo cerca de un establecimiento bancario, de fachada de mármol gris sobre la que brillaban unas letras de bronce dorado.

Los tres individuos se apearon dirigiéndose decididos hacia la puerta. El llamado Rand antes de entrar en el Banco se detuvo y aun suplicó, con el terror en las fac-

ciones y un ademán de niño débil:

—Haced solos el trabajo. Yo no puedo... No sirvo para ello. ¡Por favor, dejadme marchar!

—¿Quieres callarte de una vez? No son oportunos tus escrúpulos... Todo está preparado y no es cosa de volver atrás.

—¿Pero no hay peligro? ¿No van a descubrirnos?

—Están bien tomadas todas las medidas. Y no temas. Por algo llevamos armas. Y al fin y al cabo, quien algo quiere algo le cuesta. ¡Adelante, que no se muere más que una vez!...

Rand lanzó un profundo suspiro, cerró un momento los ojos como si realizara un gran esfuerzo de concentración imaginativa, y luego, resignándose, y siempre entre sus dos compañeros, entró en el Banco, donde el sereno, hombre sonriente, lobo con piel de cordeiro, les abrió paso hacia el departamento de Caja...

\* \* \*

Bien ajena a lo que hacía en aquel momento Antonio Rand, su marido, la joven y linda Margot

se hallaba en su casa jugando con los niños de unos vecinos.

Margot era una muchacha en-

cantadora, de sorprendente belleza rubia, de grandes ojos azules, labios sonrientes y rojos como un clavel. De esbelta figura, había en todo su porte un aire distinguido, señorial... Sus manos, al moverse, tenían como una gracia de vuelo...

Margot era la esposa de Antonio Rand, empleado en uno de los principales establecimientos bancarios de la ciudad. Adoraba a Rand, un muchacho bueno, honrado, inteligente, con quien llevaba un año de casada, sin que nunca una sombra de desunión se hubiese proyectado sobre aquel hogar sereno. Se querían con toda su alma, se penetraban íntimamente y la vida les brindaba de continuo su sonrisa acogedora y cordial.

Sentía Margot palpar dentro de sus entrañas una nueva vida, el maravilloso milagro del despertar de un nuevo ser. Su cuerpo juvenil y gracioso iba a ser maternal. De ella misma surgiría un muñequito de seda y raso, en que poder ver reproducidas las facciones suyas o las de Rand, un compañerito para los días futuros, un ser ideal y hermoso en que iba a cifrar sus esperanzas magníficas...

Era todavía en los primeros meses. Se sentía alegre, fuerte, animosa, sin padecer demasiado las tristezas físicas y el malestar obli-

gado que la Naturaleza impone, como un tributo, a toda reproducción. Iba aún ligera y jovial; su cuerpo de alabastro y de nácar no se había desdibujado por la curva de la maternidad, en su rostro no estaban las huellas del insomnio y del martirio... Pero cuando todas esas cosas vinieran, ¿qué le importaría a ella? Sabía que tras los días intranquilos y febriles vendría como premio, el regalo sagrado, la carne luminosa y divina del hijo, estremeciéndose al despertar a la luz de la atmósfera.

¡Cuántas veces, casi todas las noches, hablaba con Rand de todas aquellas cosas del hijo que vendría! El primer hijo es como un nuevo noviazgo, como la espera de una nueva luna de miel en que los goces y la felicidad tendrán una serenidad mayor que la de antaño. Rand compartía sus mismos sentimientos y disputaba sonriente con ella acerca de si sería niño o niña. Ella deseaba una chiquilla, con esa indudable preferencia de las madres. Rand quería un varón, el que había de continuar su nombre, el chiquillo triunfador que tal vez—él lo creía con el cándido optimismo paternal—iba a destacar en el mundo.

¡Horas claras, apacibles de su vivir matrimonial! Pasaban largo



tiempo en su piso, arreglado sin grandes lujos, pero con ese arte y esa gracia exquisita que indican una mano de mujer... No eran ricos, no tenían otro ingreso que el sueldo de Rand, pero ya les bastaba por el momento. Además, Rand, que era un buen empleado, iría ascendiendo poco a poco, acaso alcanzase categorías directoras y entonces la mediocridad presente se convertiría en una vida de mayor facilidad y brillantez.

Rand en estos últimos días andaba un poco preocupado, y por las noches apenas podía conciliar el sueño, revolviéndose nervioso de un lado a otro de la cama. Ella se había alarmado al principio, preguntándole qué le ocurría.

Sonrió Rand y procuró tranquilizarla. Nada de particular. Un exceso de trabajo, balances extraordinarios que debilitaban su mente, seguramente un poco de desgaste cerebral al que había que poner remedio.

—Debes ir al médico, Rand... Eso podría ser grave.

—No te preocupes, mi bien. No es nada. Pero, en seguida que tenga un poco de tiempo libre, iré a visitar al doctor. Tienes razón. Esas cosas no pueden descuidarse.

—Figúrate si cayeses enfermo... ahora.

—No lo querrá Dios, Margot adorada...

Y al estrechar entre sus brazos a aquella mujer, al esconder su cabeza morena en el seno de la esposa, su piel se estremecía y sentía latir su corazón con una infinitiva violencia... Pero Margot, confiada y apacible, no reparaba en esa melancolía repentina.

Aquella noche, Rand había telefoneado a su mujer diciéndole que no llegaría hasta muy tarde, pues había que acabar en el Banco un trabajo extraordinario.

Los vecinos del piso de al lado, un matrimonio campechano y simpático, habían ido al teatro, dejando sus dos niños al cuidado de Margot, quien muchas veces se había brindado a tenerlos.

La presencia de aquellas criaturas parecía enviar a su corazón como un perfume de la maternidad futura, cuando en aquella casa corriesen otros niños que fueran sustancia de su propio ser.

Se enterneceía ante sus travesuras, ante sus ocurrencias e ingenuidades. El pequeñín dormía en un sillón, la niña, más crecida ya, gustaba de jugar con Margot.

Jugaban al escondite. Margot se había ocultado tras un cortinaje, y la niña, después de contar hasta diez, la buscaba por todos

los lados de la estancia hasta conseguir dar con ella... El juego se repetía varias veces ocultándose siempre Margot en sitios diferentes, pero fáciles al descubrimiento.

La pequeña estaba sofocada por el esfuerzo del juego y también Margot parecía sentirse como una niña grandecita.

Era ya muy tarde cuando llamaron a la puerta. Llegaban los vecinos a recoger a sus hijitos.

La nena corrió a besar a sus papás y Margot, sonriendo, les invitó a descansar un ratito.

—Es muy tarde ya... Y muchas gracias por habernos cuidado los niños, señora Rand. ¿Le han molestado?—preguntó la madre, sonriente.

—¿Molestado, los angelitos? ¡Si son lo más bueno y simpático del mundo!

—Muy traviesos.

—¡No... no!...

—¿Y el señor Rand?

—Ha tenido que trabajar toda esta noche. No creo que tarde ya. —Ya le dará usted recuerdos de nuestra parte.

El vecino recogió al nene que dormía blandamente con un sueño profundo, y después de despedirse de Margot salió al rellano de la escalera.

Margot besó por última vez a la niña y luego murmuró mirando a la vecina:

—También voy a tener yo pronto un hijo, señora Wise.

—¿De veras? ¡Qué alegría me da!

Y haciendo salir a la nena y cerrando la puerta tras de sí, se dispuso a que Margot le contara nuevos detalles de aquel gran acontecimiento, deseosa de darle consejos sobre el particular, por cuanto ella tenía experiencias de estas cosas.

Pero volvió a aparecer el marido, diciendo con voz suplicante:

—¡Por favor, Mary! El niño está dormido y va a despertar si no lo metemos pronto en la camita.

—Es verdad. Perdóne, señora Rand, ya pasaré mañana y hablaremos. Quiero enseñarle un modelo de canastilla preciosa...

—Muchas gracias.

—Pues buenas noches. Hasta mañana.

—¡Adiós, señores!

Los vecinos entraron en su piso y Margot quedó de nuevo sola en su hogar. Sola del todo, no... Cerraba los ojos y parecía contemplar dentro de sí, en lecho maravilloso, al hijito que iba a nacer de ella...



\* \* \*

Rand y sus cómplices habían efectuado sin novedad el robo, pero a la salida se encontraron con un agente de policía, quien viendo a aquellos individuos de aspecto sospechoso y desconocido abandonar el Banco a tales horas y subir a un automóvil, les dió el alto.

No sólo no obedecieron sino que los cómplices de Rand dispararon contra el guardia, hiriéndole gravemente.

Sonaron pitos, hubo alarma en la vía solitaria, acudieron guardias de otras demarcaciones próximas... Inmediatamente fueron avisados los jefes de policía, así como el coche ambulancia para trasladar al herido, que, caído en tierra, daba detalles de la salida de los atracadores.

El vigilante del Banco, comprometido en el asalto, fué interrogado hábilmente por los agentes,

quienes, duchos en estas cuestiones, sacaron el convencimiento de que aquel hombre no era ajeno a lo ocurrido.

Le estrecharon a preguntas, le cercaron con un interrogatorio duro y enérgico, y como el vigilante no era hombre que supiese sortear las dificultades y contestar a punto y de modo adecuado a las acusaciones, acabó confesando la verdad y dando el nombre de sus cómplices, entre los que figuraba el empleado del Banco, Antonio Rand.

Inmediatamente, sin perder tiempo, los agentes subieron a varios automóviles y se encaminaron a la busca y captura de los ladrones.

Rand acababa de llegar hacía pocos momentos a su casa. Margot, contenta de verle y más deseosa aquella noche que nunca de estar cerca de él, corrió a abrazarle.

El joven, que estaba pálido y desencajado y cuyos ojos brillaban de una manera extraña, se abandonó unos momentos a la caricia de su mujer, y luego, entró precipitadamente en su cuarto, abriendo los cajones de la cómoda.

—Voy a prepararte una taza de café. Estás cansado, Antonio.

—No tengo tiempo, Margot... Me marcho ahora mismo.

Y temblando abrió una maleta y empezó a poner en ella las prendas más indispensables.

Margot le miraba sorprendida.

—Pero ¿te vas ahora mismo?

—Sí. El Banco me manda a una misión urgente.

—¡Demonio con el Banco! No está bien que te separe de mí. ¿Y tardarás mucho en volver?

—¡No sé!... Depende... Si yo pudiera te llevaría, pero creo que el viaje no te ha de sentar bien...

—¡Antonio mío!

Le volvió a abrazar y entonces se fijó en su palidez, en el brillo enfermizo de sus ojos.

—Pero, ¿qué tienes? Tú no te encuentras bien. No deberías marcharte... Hace tiempo que sufro por tu salud.

—Es la fatiga de estos últimos días. ¡Si vieras el trabajo que hay!

En aquel instante se oyó la sirena, poderosa y bronca como una

amenaza, de los automóviles policíacos.

Rand se estremeció, su rostro adquirió una mayor lividez, amarillento como la cera.

Desprendiéndose de los brazos de su esposa corrió hacia la ventana y desde allí pudo contemplar cómo los agentes se apeaban de varios automóviles y avanzaban en dirección a la puerta de la casa.

No pudo contenerse, no pudo acallar por más tiempo el secreto que le arañaba las entrañas.

—¡La policía! ¡La policía!... ¡Me persiguen!

—¿A ti? ¿Por qué, por qué, Antonio? ¿Qué has hecho, Dios mío?

Se habían súbitamente transfigurado sus facciones. Había desaparecido el tono rosado de poco antes; tenía un blancura de lirio.

—¡He sido un infame!—sollozó él con desesperación—. Jugué y perdí una cantidad del Banco, confiada a mi custodia... ¡Los malos amigos que me llevaron a la casa de juego! ¡Los malos compañeros que me han arruinado!... Luego, me obligaron a robar en el Banco... No quería... pero estaba ya comprometido... perdido de todos modos... y robé... Y hemos sido descubiertos... y ahí... ahí... están... y van a cogerme...



—¡Qué locura, Dios mío! ¡Qué locura!

Sus labios temblaban, sus ojos se humedecían de llanto.

—¡Toma este dinero y escóndelo, Margot! Voy a intentar salvarme. ¡Adiós!

—¡Antonio... Antonio!

Cogió el dinero, lo guardó en su escote y se abrazó con frenética nerviosidad a su marido.

—¡Antonio! ¡Tú me estás engañando! ¡No es verdad, no puede ser verdad lo que dices!

—¡Margot! ¡Si tú vieras cómo sufro!

Ella se quejaba débilmente; estaba como loca, como si no se diera cuenta de las cosas, como si súbitamente su vida se hubiera transformado en una existencia diferente.

Era tan inesperado, tan absurdo aquel hecho, que no comprendía realmente la profunda importancia del mismo. Sólo veía ante ella a Rand, al esposo adorado, al hombre fiel y bueno, al padre de su hijo, que lloraba abrazándola y pidiéndola perdón.

—¡Adiós, Margot! ¡Ya sabrás de mí! Perdona a este desgraciado.

Y rechazando por última vez los brazos tiernos de su esposa, salió del piso precipitadamente, de-

jando a la joven con las manos sobre el corazón, temiendo de un momento a otro que éste estallara al impulso del golpe emocionante.

Sintióse ella desvanecer, vió rodar todas las cosas en un remolino siniestro, le pareció que se hundía hacia la calle... Sus labios murmuraban maquinalmente el nombre del marido... Antonio... Antonio... ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué? ¿Por qué aquella huida? Y en su cerebro, calentado por el fuego de la noticia asombrosa, se sucedían imágenes del asalto al Banco, de la persecución policíaca, de la caza del ladrón, de las atronadoras bocinas de los autos...

Creyó morir, mas volvió a la realidad al oír gritos y grandes voces en la escalera. Permaneció horrorizada, sin moverse, hasta que el ruido de unos disparos la aterrorizó y por segunda vez creyó que se paraba su corazón.

Rand había descendido rápidamente las escaleras que del noveno piso donde él vivía conducían a la calle. Pero apenas había bajado dos rellanos vió aparecer a varios agentes que subían con el ánimo de cortarle el paso.

Estaba decidido Rand a avanzar pasase lo que pasara. Permanecer arriba era caer, entregarse, sufrir la vergüenza del presidio.

Adelantaría aunque tuviese que matar.

Esgrimió la pistola, y como los agentes le dieran, a medida que subían, el alto empuñando a su vez las armas, él mostró la suya y continuó bajando con febril precipitación.

Sólo dos pisos separaban a los policías del delincuente y los agentes, que le habían visto con el arma en la mano, dispararon contra él, contestando Rand en la misma forma. Nueva descarga por parte de la policía y esta vez una de las balas vino a herir a Rand cerca del corazón.

Los tiros habían resonado implacables en la vivienda. Rand, sufriendo de un modo cruel, como si le aplicaran un cáuterio hirviente sobre el cuerpo, dió un grito de dolor, de sufrimiento brutal, y el instinto sagrado de conservación le obligó a retroceder sin exponerse de nuevo a las balas de la policía.

Casi sin poder mantenerse en pie, sintiendo que sus fuerzas se desvanecían, que sobre sus ojos flotaba una nube cada vez más densa y oscura, el pobre muchacho, aquel ser débil, víctima de la flaqueza de su temperamento, de su escasa voluntad que le había hecho comprometer gravemente su dicha, lle-

gó a duras penas al último rellano, perseguido por los agentes, que disparaban de una manera brutal y despiadada.

Margot, que le oyó subir, abrió la puerta y le acogió en sus brazos, cerrando violentamente tras de sí.

—Estoy herido... Margot... me muero—sollozó el infeliz.

—¡Mi pobre Antonio!

Protegiendo al desdichado, le ayudó a entrar en la alcoba, tendiéndole en el lecho.

—¡Antonio!... ¡Antonio!—murmuraba Margot besando su lívido rostro, en cuyos ojos la muerte ponía ya su velo de cristal.

—Margot... pobre... Margot... Me muero...

—¡No... no!... ¡No tienes nada, mi bien, no tienes nada!

—Sí... aquí... herido... aquí...

La camisa estaba empapada en sangre. Margot dió un grito de terror y se levantó sin saber qué hacer, deseosa de pedir auxilio y de buscar inmediatamente un médico.

Pero en aquel instante sonaron violentos golpes en la puerta. Era la policía que con las culatas de sus revólveres insistía para que la abriesen en el acto.

Rand no pareció escuchar aquellos golpes. Su respiración era cada vez más fatigosa. Sus labios



iniciaban la mueca escalofriante de la agonía.

Loca de terror, la pobre esposa salió del cuarto, cerrando la puerta de la alcoba.

Los golpes menudeaban y ahora los policías empujaban la puerta cuya débil cerradura no iba a resistir demasiado tiempo.

Margot, sola en la habitación, vió de pronto, en medio de ella, la pistola que había dejado caer antes su marido.

Corrió a recogerla con el miedo de que no encontrasen aquella arma delatora. Nerviosa, iba de un lado a otro sin saber dónde ocultarla, y de pronto, cuando iba a guardarla en el cajón de un secreter, los agentes consiguieron franquear la entrada y avanzaron por la estancia.

Pudo Margot ocultar rápidamente el brazo en la espalda escondiendo de esta manera a los ojos de los agentes la pistola...

Estos, ante el espanto de que daba muestras aquella mujer, comprendieron claramente que allí estaba oculto Rand, y uno de ellos dijo con voz fría y severa:

—Buscamos a su marido... Está complicado en el robo de un Banco... Debe haber entrado aquí.

—¡No!

Y su cabeza se movía negando

enérgicamente que Rand se encontrara en la casa.

—Veamos. Vamos a registrar la habitación.

—¡No... no!

De un salto y como viese que el jefe de policía avanzaba hacia la alcoba se puso ante esta puerta, protegiendo con su cuerpo la entrada.

El agente sonrió y viendo entonces que ella no movía el brazo de la espalda, sospechó que pudiera guardar un arma.

—¿Qué esconde usted ahí?

—¡Nada!

—¡Deje el paso libre!

—¡No... no!...

Brutalmente la cogió del brazo en que, como él había sospechado, tenía el revólver... Intentó quitárselo y apartarla de allí, y al forcejear Margot para evitarlo, se le disparó a ella impensadamente el arma con tal mal acierto que vino a herir de gravedad a uno de los agentes que se hallaba en el fondo de la habitación.

El policía cayó en tierra poniéndose las manos en el hombro herido.

Horrorizada por lo que involuntariamente acababa de hacer, la pobre Margot dejó caer la pistola y dió un grito de espanto al ver

a aquel hombre herido por su culpa.

El jefe de policía con mayor energía que antes consiguió dominar por completo a Margot y la entregó a unos guardias mientras él entraba en la alcoba, de la que salía a los pocos momentos con el semblante contrariado.

—¡Está ahí!—murmuró—. No hay nada que hacer... Llamen al médico forense.

Margot comprendió. "No había nada que hacer"... Con un esfuerzo poderoso consiguió desprenderse de los brazos del policía y entró en la alcoba donde pudo ver con el rostro contraído por el último estertor, a su marido.

¡Lágrimas, suspiros y besos, sobre un cuerpo caliente aún y del que el calor, sol de la vida, iba a retirarse pronto!... ¡Sollozos entrecortados de una mujer joven que, inesperadamente, en una noche, siente roto su corazón por la daga de la tragedia!

—¡Antonio! ¡Oh, Antonio!

No pensaba en aquellos momentos en que aquel hombre había robado, en que se había convertido en un ladrón; sólo veía al compañero que acababa de perder, al esposo dulce y bueno al que ya nunca volvería a tener al lado.

Unos policías la apartaron a la

fuerza de Rand.. Los brazos de Margot que iban hacia él, sólo se abatieron cuando los inmovilizaron unas esposas.

—No me detengan. Yo no he hecho nada. Nada—gemía.

—No proteste y síganos... Ha herido usted gravemente a un policía...

—Pero yo no fui, el arma se disparó sola... Yo no fui...

—Señora, no es hora de discutir. Tenga la bondad...

Miró por última vez aquel piso, nido de sus amores y donde quedaba yerta y ensangrentada la mitad de su vida...

Sus piernas se quebraron, negándose a sostener aquella otra mitad de vida que le quedaba y que parecía también que iba a perder... Casi tuvieron que bajarla en brazos... Se vió de pronto en el automóvil que la conducía por las calles iluminadas hacia la delegación.

Lloraba y repetía con desesperación el nombre del marido muerto... Y las grandes luces al encenderse y apagarse a cortos intervalos, parecía como si se riesen de ella, de su dolor, de su infortunio, que la estaba matando lentamente...

Llegaron a jefatura. Los agentes dieron cuenta de lo ocurrido, de



que Margot, "para impedir la entrada de la policía en el cuarto donde estaba su marido, había disparado contra ellos, hiriendo gravemente a un inspector."

En vano intentó defenderse, negando que hubiera hecho fuego, asegurando que el arma se había disparado sin saber cómo...

La ley era rígida y no entendía de excusas. Por de pronto la llevaron a la cárcel y el juez decretó contra ella auto de procesamiento...

Y así aquella noche de primavera que había comenzado para la futura madre con el anhelo de tantas alegrías fecundas, de tantos sueños de color de rosa, concluía en la lobreguez de una celda, viéndose acusada de asesinato y habiendo perdido para siempre al compañero de su vida, a su buen esposo, al que creía ver aún llamándole con voz entrecortada y agonizante, una voz que parecía venir de donde no se vuelve...

\* \* \*

Semanas después se celebró la vista de la causa. Enlutada, pálida, doliente, Margot asistía a la sesión, intentando hacer resplandecer su inocencia... El fiscal había presentado pruebas abrumadoras, y los testigos de lo ocurrido en casa de Margot, aseguraron—

ellos lo creían así—que la viuda había disparado adrede contra el agente... Ella se defendía llorando y negó que hubiese realizado expresamente tal cosa... Ni sabía cómo había podido dispararse la pistola. Ella no apretó el gatillo...

Su defensor, un abogado joven,

M A L V A D A

enamorado de la justicia, que tenía el firme convencimiento de que ella era inocente, pronunció un elocuente informe, pero que se estrelló ante la evidencia de los hechos. Pulsando la nota sentimental habló de la situación especial de aquella mujer que dentro de algunos meses iba a ser madre y cuyo hijo, de no ser absuelta, iba a nacer en la prisión. No, ella no era una malvada, sino sólo una víctima de las circunstancias sobre quien se cernía la fatalidad como las alas de un cuervo.

Además ella era inocente del delito de su marido... No conocía ni por asomo la realización de tal robo. Inocente, debía ser, sin demora, puesta en libertad.

Las opiniones entre el público eran diferentes... Algunos la creían culpable pensando que ella era cómplice o cuando menos encubridora de Antonio Rand y había disparado expresamente para salvarle a él... Otros se enternecieron ante la idea de la maternidad y eran del criterio del defensor de que el arma se le disparó sin querer. Y un inmenso rumor de colmena en que eran vivos los comentarios obligó más de una vez a poner orden por la Presidencia.

El juez pronunció un discurso dirigido al Jurado, encomiando su

labor, instándole a que dictara un veredicto sin otra norma que los postulados de su conciencia.

Y el Jurado, compuesto de elementos de ambos sexos, se retiró a deliberar. Margot esperó angustiada a que aquellas gentes definieran su responsabilidad o su inocencia. A veces se sentía acometida por temores, pero otras veces se derramaba en su alma el sentimiento de la esperanza. No era posible que la condenasen.

La deliberación del Jurado fué larga, prolongada, impacientando a los que querían conocer cuanto antes el veredicto.

La mayoría de sus miembros se inclinaba por la culpabilidad de Margot a la que consideraba cómplice de su marido y agresora voluntaria del policía. Sólo dos de ellos, una señora y un caballero, rompían aquella unidad de criterio, defendiendo la inocencia de la joven.

Y así transcurría el tiempo sin que se consiguiese reinara la unanimidad. Se mantenían obstinados en su idea, considerando a Margot una víctima de la fatalidad, jamás la legítima agresora que premedita su crimen. Y el presidente del Jurado, en vano, pretendía poner de acuerdo las dos tendencias



con el fin de que el veredicto fuese unánime.

Algunos comenzaban a sentirse fatigados; una señora y dos caballeros, en espera de que se resolviese la divergencia, jugaban a las cartas, mientras otros mataban el tiempo tomando refrescos. Uno de los jugadores, al par que estaba atento a la partida, contemplaba de reojo las piernas tentadoras de una de las señoras, y ésta, advirtiéndolo, las cubrió con la falda levantada imprudentemente.

El presidente se esforzaba por hacer cambiar de criterio a los dos disidentes.

—Doctor, usted y la señora de Vickery están equivocados al establecer la inocencia de la acusada.

—Tenemos la seguridad de que no es culpable.

Intervino otra señora, tipo de solterona amargada por la vida de soledad y el odio a sus semejantes.

—Desde el momento en que vi a esa Margot, me convencí de que era una malvada... Sus explicaciones no tienen acento de sinceridad, no parecen verídicas.

—¿Dice usted que no son sinceras y la pobre mujer no para de llorar? ¿No le conmueven a usted sus lágrimas?—protestó la señora Vickery.

—Soy mujer y sé bien la facilidad con que vertemos el llanto.

—Eso será algunas hipócritas, pero Margot no es de esas. Además, es preciso evitar que el niño nazca en la cárcel... ¡Pobre criatura!

—Estamos juzgando a Margot y no a su hijo—aclaró la solterona con la sequedad de alma de la que jamás conocerá el goce maternal.

La señora de Vickery era madre, y por tanto, en sus entrañas se fundía un calor de humanidad.

—Pero están ustedes sentenciando también a un niño inocente.

—Olvidemos al niño de Margot y pensemos en las criaturas del policía, de ese hombre gravemente herido y que tal vez quede inválido...

Aquel argumento sentimental empleado por la solterona pareció convencer a la señora de Vickery. Inmediatamente evocó a los hijos del agente, y exclamó:

—Es verdad... No había pensado en eso...

—¿Comprende, pues, ahora, que no debemos poner en libertad a la mujer que ha herido a un padre de familia, inutilizando acaso para siempre su vida y convirtiéndolo en un ser inútil?

Los demás apoyaron sus palabras, y la señora de Vickery, coaccionada por aquel ambiente, se unió al voto de la mayoría... Pero el doctor mantenía aún con energía su criterio.

—El mandar a una mujer en su estado a la cárcel es una barbaridad.

—Sea razonable, doctor—le dijo el presidente—. Hay diez en contra suya... No quiera mantener inútilmente su voto particular...

Arguyeron tantas razones que al fin el doctor, bien que con reservas mentales, unió su voto al de los restantes. Y el Jurado, por una unanimidad en que había habido coacciones indudables, acordó dar un veredicto de culpabilidad contra la pobre Margot.

Por fin se reanudó la audiencia pública, y como algunos miembros del Jurado comunicasen a los periodistas el fallo, éstos se apresuraron a telefonear a sus redacciones dándoles cuenta del mismo.

El presidente entregó el veredicto al señor juez.

La pobre Margot avanzó hacia el estrado y escuchó anhelante las palabras del juez que iban a decidir de su vida.

—Margot Rand, estáis convicta de asesinato frustrado... El fallo

del jurado es de culpabilidad... Por lo tanto, os condeno de conformidad con el Código, a la pena de diez años de prisión en la Cárcel del Estado.

Margot, en cuya alma el desaliento y la esperanza habían reñido batalla, escuchó aquellas palabras con angustioso afán. Miró a todo el mundo como suplicando piedad, juntó sus manos, y sus labios temblaron al murmurar:

—¡Perdón! ¡Perdón!

—La ley es ley... Y el fallo irrevocable...

—¡Pero yo soy inocente! ¡Se lo juro, señor juez, señores del jurado, se lo juro!

—No podemos entablar diálogos. Retírese usted.

—Ustedes no pueden condenarme... Por mí no me importa... pero por mi hijo... por mi hijo...

Pretendió avanzar con los puños en alto, en una tensión violenta, como si fuera a descargarlos contra el juez. El presidente dio orden de que la apartasen de allí.

Unos empleados, con manifiesta brutalidad, la alejaron del estrado. Ella se había postrado de hinojos y suplicaba piedad para el hijo que tenía que nacer...

Pero no le valieron sus ruegos. Fué retirada inmediatamente de



allí, mientras en el público vibraban los comentarios y eran muchos los que se ponían, por ese instintivo afán del pueblo hacia los débiles, en favor de Margot. También el doctor y la señora de Vickery, que habían estado intercediendo por ella hasta última hora, lamentaron haber dado su voto para su condena. ¡Pobre mujer!

En su desesperación se adivinaba retratada la inocencia...

La ley era ley. Y Margot iba a comenzar su vía de amargura, separada de la humanidad como una apastada y viendo morir su juventud en el presidio y nacer en él a un hijo que iba a llevar la mancha del lugar donde viera la primera luz.

\* \* \*

Había pasado algún tiempo. Margot había sido internada en la prisión del Estado, situada en pleno campo, entre una naturaleza hermosa y suave que hacía más triste la prisión y más añorados que nunca los aires de la libertad.

Iba uniformada como las demás, y aquella pobre mujer, condenada injustamente, vivía en un estado de extraño abatimiento, pasando largas horas sin decir palabra, concentrada en sí misma, pensando,

en su doloroso calvario, en aquel hijo que llevaba en sus entrañas y que iba a nacer en lugar tan triste.

¡Qué terrible vida aquella! Trabajar todo el día, tener que estar siempre con la compañía ingrata de aquellas mujeres que en su mayoría procedían del crimen o del vicio. Y ella, flor de libertad, cuya vida había sido una constante ternura, parecía morir en el encierro ingrato.

Pensaba en sus padres que ha-

M A L V A D A

bían muerto muchos años antes y que volverían a morir de vergüenza si la viesen en tal situación; pensaba en Antonio Rand, cuyo recuerdo se mantenía puro y sagrado en su conciencia como una lámpara que no se apagase jamás. No, Antonio no era malo, Antonio se había dejado dominar por amigos engañosos y falaces, pero su fondo había sido puro y bueno... Pensaba en aquel ser que latía cada vez con mayor viveza y ahinco en su seno y que al abrir los ojos a la luz no encontraría un hogar donde todo fuese amable y acogedor para él, sino la celda de un presidio con una ventana por donde hasta la luz debía entrar entre rejas...

¡Niño amado, niño de su corazón! Muchas noches al quedar sola en su habitación, meditaba en aquel hijo y le asustaba su porvenir. ¿Qué sería de él? ¿Quién le protegería? ¿Qué posición social podría ocupar cuando el mundo, con ese goce malvado que siente muchas veces, lo tratase como al hijo de una presidiaria?

Y sin embargo, bendecía a aquel ser que vivía en sus entrañas y gracias al cual encontraba momentos de ternura, de esa delicia infinita que ya las madres antes de nacer sienten por el que es sangre

de su sangre. Sí, a veces, cuando pensaba en él, no lo hacía con los temores y amarguras que la invadían de ordinario: pensaba sólo en un niño alegre y de ojos azules como ella, en un niño de voz cantarina y suave como aquellos niñitos de los vecinos. E involuntariamente, muy bajito, en el silencio de la celda, comenzaba a cantar una canción de cuna, una canción que oyó muchas veces a la madre vieja y muerta ya, una canción que ella creía podía oírle el hijo de su alma que dormía aún en la urna milagrosa donde se forja la vida... Y así, entonando a media voz un canto de arrullo, quedaba dormida y sólo al despertar al día siguiente al toque duro de la campana, una campana que no tenía la dulzura de las campanas de las iglesias, una campana agresiva y sin alma, volvía a llenarse de pensamientos sombríos, de la realidad de su vivir, de que no era más que una presa y su hijo tendría que nacer en la espantosa amargura de la cárcel.

Cierto día visitaron la prisión cuatro elegantes damas que con antipática curiosidad lo contemplaban todos, sin cesar de hacer preguntas. Las presas habían efectuado una exposición de labores de factura realmente exquisita. La ex-



posición estaba en las galerías de la cárcel, a uno de cuyos lados, detrás de grandes rejas de hierro, las reclusas tenían su taller.

—Todo está muy bien hecho—decían, complacidas—. Hay en algunas labores un verdadero gusto artístico.

—Las enseñamos a ser útiles... Eso les da esperanzas para el porvenir—indicó la directora de la prisión.

—Nada más natural.

—Y más irrealizable—exclamó otra de las damas.— El estigma las perseguirá toda la vida.

—Y no debiera ser así—continuó la directora—. Salen muchas de ellas regeneradas, con ansias de encontrar un puesto honrado donde vivir en lo sucesivo, y al hallar cerradas todas las puertas, han de volver de nuevo las espaldas a la virtud y sólo el vicio o el delito las acogen con generosidad... Y casi todas reinciden por culpa del mundo.

—O porque no hay verdadero arrepentimiento.

—No lo crea.

En el taller las presas estaban cosiendo y bordando unas banderas norteamericanas. Una de las reclusas se echó a reír y señaló las estrellas que como símbolo de li-

bertad campeaban en el pabellón de la nación.

—Eso no está bien. La libertad tendría que ser para todos.

—¡Cierto! ¡Cierto!...

Todas rieron... Sólo Margot en un rincón conservó su serenidad triste, de criatura que vive una vida interior.

Una de las presas comentó:

—Ahí está Margot, muy buena... la pobre... pero tan callada, tan recogida siempre en sí misma.

—No se resigna a nuestra vida... No se hace cargo... Y es peor... No porque haga mala cara te van a sacar de aquí.

Vieron pasar a las damas que con insolencia agresiva contemplaban a las presas.

—¡Otro grupo de señoronas entrometidas!—murmuró entre dientes una de las muchachas.

Margot al ver a las damas quiso ocultarse, con el temor de que pudieran ser conocidas suyas y la viesan en tal situación.

—No te ocultes—le dijo otra muchacha, que llevaba ya varios años en el presidio—. No te reconocerán tampoco... En el jardín zoológico todos los monos parecen iguales...

Margot inició una triste sonrisa y procuró esconderse tras las demás compañeras que trabajaban

con la actitud indiferente de la costumbre.

Una de las damas se acercó a los barrotes y al ver en el fondo de la sala un piano, comentó, asombrada de que se diese tantas ventajas a las reclusas:

—¡Caramba! ¡Hasta piano tienen!

—Sí, piano y un jamón—murmuró otra muchacha, tipo ordinario de mujer que conoció la vida alegre y fácil desde su más tierna juventud.

—¿Por qué están aquí?—preguntó una de las damas a la directora.

—Hay tantos delitos diferentes... Mire, le señalaré algunas... Falsificación... Robo... Bigamia... Asesinato...

Y señaló a varias de aquellas muchachas en cuyos rostros, por cierta relación misteriosa, parecía adivinarse la mayor o menor importancia de los delitos cometidos. Las de los crímenes grandes, las que mataron y robaron como verdaderas profesionales, tenían en su cara algo innoble, una huella repugnante del crimen cometido; las que hirieron levemente, las que cometieron pequeños hurtos o delitos sin importancia, éstas tenían la sonrisa más tranquila, la mirada más pura, la frente más despejada

y fresca, sin las arrugas del remordimiento y de la preocupación.

Una de las muchachitas visitantes señaló a otra de las reclusas cuya silueta era bastante distinguida.

—Ahí está esa joven de la alta sociedad... Mató a un hombre cuando guiaba, embriagada, un automóvil.

La aludida contempló con una sonrisa desdeñosa a las que venían a turbar la tranquilidad de la cárcel, y las damitas, sin consideración al dolor moral de las que sufrían, seguían mirándolas a todas y pretendiendo averiguar su historia.

—¿Dónde está la joven que va a tener un hijo?—preguntó una de ellas.

Margot sintió que un escalofrío pasaba por todo su cuerpo y desvió la cabeza procurando que las visitantes no la viesan. Pero la directora acudió en su auxilio al decir:

—No podemos identificar a las reclusas. Nos está prohibido por el reglamento.

—Pues es una tontería...

Las damas se alejaron, comentando que las presas estuvieran tan bien.

Y apenas se hubieron marchado aquellas señoras, continuó la vida en la prisión tan monótona como



siempre, sin que nada turbase aquella aparente tranquilidad de los cuerpos, que no dejaba ver las tempestades que se forjaban en las almas sometidas a disciplina.

El trabajo era continuo desde primeras horas de la mañana, al levantarse con el sol, hasta encerrarse por la noche en el cuarto. Labor en el taller, en la cocina, en el planchado; fregar los suelos de la prisión, hacer que todo estuviera reluciente y limpio. Y así un día y otro, sin parar, sin interrupciones, con la monótona marcha de un reloj.

Y, sin embargo, aparte de la privación de libertad y de aquella actividad constante a que estaban sometidas, el régimen no era demasiado penoso. No tenía la severidad implacable de las cárceles de hombres, verdaderos cementerios donde se vive muriendo; las celadoras eran amables, bondadosas como hermanas de la Caridad; las celdas, individuales, eran claras, llenas de sol, con un lecho cómodo, una mesita, varias sillas, tocador, y en las paredes cuadros y recuerdos familiares.

Muchas de las mujeres se habían acostumbrado al ambiente, otras protestaban contra él, añorando la libertad, los vicios o la manera de ser que les habían llevado a esta

situación. Otras prometían llevar en lo futuro una vida honrada, si les era posible hacerlo.

Margot no sabía averse a aquel vivir inmerecido.

No hablaba apenas con nadie, procuraba mantenerse apartada del bullicio y de las conversaciones de sus compañeras, y éstas, a pesar de ello, le tenían profunda simpatía. Era la única reclusa que iba a dar a luz y todo les parecía poco para atenderla. Atribuían su silencio, sus actitudes de éxtasis, su alejamiento de todo grupo y charla, al antojo propio de su estado físico...

Un día, al anochecer, al retirarse todas las presas a sus celdas, una de las muchachas entregó a la encargada una canastilla.

—Llévale esto a Margot de mi parte.

—Se lo voy a dar ahora mismo.

La donante era Lucy, aquella chica de la alta sociedad, más que verdadera delincuente, una enferma a quien el vino y los tóxicos habían llevado a aquella situación. Parecía sentir un gran aprecio por Margot y era acaso la única que había conseguido a veces alguna confianza de la pobre viuda de Rand.

La celadora entregó a Margot la canastilla. Agradeció sincera-

mente la joven aquel regalo y al quedar sola lo estrechó contra su corazón, como si abrazara ya algo de su propio hijo.

Los meses pasaban y no tardaría mucho tiempo sin que realizara el maravilloso desdoblamiento. Y la idea de que el hijo tendría

que nacer allí, en aquella cárcel, la horrorizaba... ¡Pobre niño condenado a abrir los ojos en la prisión! ¿No le valdría más no nacer? Pero, lo quería... quería que viviese... Iba a ser en el dolor de su vida la única lucecilla de esperanza y de amor...

\* \* \*

Una tarde, Scott Burroughs, un hombre de aspecto campechano, de unos treinta y tantos años, fuerte, atlético, de sonrisa bondadosa e infantil que contrastaba con la fortaleza de su cuerpo, fué a visitar al administrador de la prisión.

Sonriente, sin abandonar nunca su aire de niño grande, Scott preguntó por Margot.

—Vamos a llamarla—accedió el administrador—. Margot lleva aquí seis meses y usted es el primero que ha venido a visitarla.

—He venido desde Australia para verla.

—Mucho interés debe tener por ella.

—Más de lo que pueda usted figurarse.

—¿Sabe usted que espera un hijo?

—Lo he leído en la prensa a raíz de la vista. ¡Pobre Margot!

El administrador avisó a la celadora para que indicase a Margot que fuera al despacho.

Era aquella hora en que las pre-



sas recibían a sus familiares y amigos en una gran sala, bajo la vigilancia de una de las empleadas.

No eran muchos los visitantes; la prisión estaba lejos y es fácil olvidarse de los que permanecen alejados de la vida activa.

Sólo unas diez o doce presas habían recibido visitas. Una de las jóvenes estuvo hablando con su novio al que había escrito varias ardientes cartas rogándole que la fuera a ver. El, cansado de aquellas suplicantes misivas, accedió a visitarla, pero mostró una actitud tan fría, tan indiferente, de tanta inhibición y falta de interés, que la pobre reclusa volvió llorando al taller comprendiendo que había perdido al hombre que había constituido su primer amor...

—¡No me hizo maldito el caso! Creo que tiene otra novia.

—¿Y de eso te extrañas? Lo raro sería que te guardase fidelidad. Nosotras somos como muertas y cuando volvemos a la vida estorbamos, como algo que ya se creía arrinconado definitivamente —le respondió otra muchacha que tenía experiencia de las cosas.

Generalizóse la conversación mientras continuaban las labores del taller. Todas las reclusas recibían a intervalos la visita de alguien, algún familiar, algún ami-

go, que se acordaba de ellas. Ninguna estaba definitivamente olvidada. Pero había una excepción: Margot. Esta parecía alejada de todo cariño exterior; nadie en el mundo se preocupaba de ella.

En aquel momento se hallaba en un rincón de la estancia, contemplando un canario, preso en su jaula.

Establecía analogías entre ella y el pájaro. Los dos sufrían por la privación del más hermoso don de la vida: la libertad.

Una de las presas comentó mirando a Margot y dándose cuenta de la soledad y tristeza de que estaba rodeada:

—¡Qué terrible debe ser no tener a nadie... como Margot!

Apareció la celadora y llamando a Margot, le dijo:

—Un caballero desea verte.

—¿A mí?

—¡Sí! ¡Sígueme!

Salió con ella, extrañada, preguntándose quién podría ir a verla. Y las otras reclusas, llenas de curiosidad por saber quién era el misterioso visitante, corrieron en tropel a la sala de recibo, pero no pudieron satisfacer su curiosidad.

El administrador, por deferencia a aquel único visitante que recibía Margot desde que estaba en la prisión, le había hecho esperar

en una salita, independiente de la general.

Margot penetró en aquel saloncito y se encontró frente a frente con un hombre que extendía sus brazos hacia ella en una actitud de simpática protección.

—¡Margot!

—¡Scott! ¡Tú!

Quedaron un momento silenciosos, estrechándose las manos, mirándose con interés, evocando en aquellos instantes toda su vida pasada.

En otro tiempo, Margot y Scott habían sido novios. Se quisieron mucho; los dos tenían un gran corazón y se prometían una venturosa existencia. Pero el carácter celoso de él, acabó por poner una barrera a aquella felicidad. Margot se cansó de aguantar los celos de aquel hombre de temperamento absorbente, y se dejaron correr aquellas relaciones amorosas. Scott, apenado, marchó a Australia a labrar una fortuna. Ella, le fué olvidando poco a poco hasta que el nuevo amor de Antonio Rand hizo desaparecer definitivamente el antiguo e irrealizable propósito. Pasó tiempo... Scott era minero en Australia y había conseguido una gran riqueza. Con el ardiente deseo de poder volver a ver a

Margot, pues no la había podido olvidar, regresó a América.

Logró enterarse de todo lo sucedido, de la amarga realidad en que estaba sumida aquella criatura. Su casamiento con Rand, el robo efectuado por éste, la detención en su domicilio, el arma involuntariamente disparada por Margot y que venía a herir a un policía, la condena de la pobre mujer.

Todos aquellos percances, todo aquel desagradable cúmulo de sucesos que se amontonaban sobre la vida de Margot, aumentaron en Scott el sentimiento de la ternura y del cariño hacia ella. Los celos habían desaparecido de su alma; se había corregido de aquel defecto, y le parecía que la pasión que sentía por Margot sería en lo sucesivo tan confiada como profunda.

No le recriminaba por haberse casado, puesto que, siendo libres los dos, natural era que Margot orientase definitivamente su vida. Scott volvía a experimentar por ella un amor de emoción, un amor de raíces profundas, y se dispuso a hacer todo lo posible para protegerla, para ampararla, para amortiguar su pena.

Al verla ahora ante él, bella y serena, con esa palidez interesante y ese aire de reposo majestuoso de



la mujer que conoce la maternidad, Scott sentía que su alma vibraba más que nunca... Y al propio tiempo la compasión y la ternura eran flores que se unían a su amor...

También ella le miraba con simpática bondad, agradeciéndole la visita.

—¡Gracias por haberme venido a ver, Scott! ¡Muchas gracias! Creía que nadie se acordaba de mí y veo que me he equivocado...

—Yo nunca sabría olvidarte... Pobre Margot... ¡y qué mala suerte has tenido!

—Sí...

—No estarías aquí si no hubiera sido por mis malditos celos... Ellos te alejaron de mi compañía...

—Tenía que ser.

—¿Fuiste feliz con tu marido?

—Sí, Scott... Fuí feliz con él. Le quería con toda mi alma y conservo puro su recuerdo.

—¡Después... de lo que hizo!

—Era inocente. Le engañaron unos malos amigos... se cegó...

—¡Qué loco fué! Con una mujer como tú al lado, ¿cómo no hacer siempre el bien, cómo no ir siempre por el camino recto? Yo allá en Australia trabajaba como un negro con la esperanza de que pudieras ser mía algún día... y traté de hacerme rico para ofrecerte mis bienes. Cuando lo conseguí...

me encontré con esa realidad inesperada y odiosa.

Hablaba tristemente, y Margot le respondió con una cadencia igualmente melancólica.

—¿Qué quieres? Yo creí que no volverías nunca... ¡Estaba tan sola! Antonio era tan bondadoso conmigo que me casé con él...

—Hiciste bien... El único culpable, el paladín de mi desgracia, soy yo mismo.

Margot intentó cambiar de conversación.

—¿Y qué? ¿Te traen aquí tus negocios, Scott?

—No.

—¿Viaje de turismo?

—¿Pero no te lo he dicho antes? Mi único y exclusivo objeto eres tú. Porque jamás he querido a nadie más que a ti...

—¡Pobre amigo mío!

—Sé que eres inocente. Me he enterado de tu caso; y tengo el convencimiento absoluto de tu inocencia... De algún modo lo probaré y haré que te perdonen.

—¡Gracias, Scott! Por mí ya no me importa la libertad, mi vida está rota, destruída... Pero sí quisiera ser libre por mi hijo...

—¡Y lo serás! ¡Por él y por ti!... ¡Yo te quiero, Margot!

—No hables así, Scott. Ya para mí la vida no tendrá nunca más

sonrisas de amor... Mi vida entera pertenecerá a mi hijo...

—Me necesitarás entonces más que nunca... Yo seré como un padre para tu hijito...

Y cogía sus manos, y las llenaba de besos, haciendo derramar lágrimas de emoción a Margot.

Ella no podía contestarle de una manera adecuada. ¡Era tan inesperada la visita de su antiguo novio! Mas por otra parte sentía el deseo de encontrar un alma amiga, un corazón que la comprendiera, alguien en quien apoyarse para vivir...

¡Buen Scott! Le consideraba más bueno que nunca, tendiéndole su mano generosamente, brindándose en adoptar al niño, sin importarle unirse con una mujer que había estado en presidio. Y aquella generosidad conmovía el alma de Margot y despertaba en ella ideas de cariño, alejadas ya durante mucho tiempo...

Pero no tenía derecho al sacrificio de Scott, a que éste uniera su vida—limpia y rica—con la suya, manchada con el látigo de la ley.

—No, Scott... Te agradezco en el alma todo lo que intentas por mí... pero déjame... ¡Vete!... Regresa a Australia... Busca a una mujer digna y olvídate de mí...

—¡Nunca! Yo no soy hombre que sepa querer más de una vez... Te he querido siempre, con toda mi alma, y tú has sido la única lucecilla en el desierto de mi existencia... Si te hubiera encontrado casada, me hubiera marchado de nuevo a Australia a vivir del recuerdo tuyo, sin casarme con nadie. Pero te encuentro viuda, en la cárcel, víctima de un delito que sólo puede atribuirse a la fatalidad... y ya no puedo dejarte. Te prometo trabajar intensamente por tu libertad, por tu indulto... Ya sabrás de mí, Margot... Y piensa que eres para mí, la misma mujercita de cuando te conocí por primera vez...

Estrechó cariñosamente sus manos y se despidió de ella.

Margot volvió emocionada al taller y no quiso satisfacer más que a medias la curiosidad de sus compañeras, empeñadas en preguntarle quién era el visitante.

Ya desde aquel momento no se sintió tan sola. La protegía aquel buen hombre, aquel primer amor de su vida que ahora parecía resurgir en ella sin que por eso se hubiese apagado en su alma el altar de adoración y de recuerdo devoto hacia Rand.



\* \* \*

Pasaron nuevos días, otras semanas... La vida seguía deslizándose monótona y sin incidentes en la prisión.

Trabajo, siempre trabajo, y a intervalos, ratos de descanso, aburridos y tristes, pues todo se lo tenían dicho ya...

Durante las horas de recreo, como las conversaciones languidecían, ya sin interés ni asunto que comentar, las reclusas leían periódicos, escribían a sus amigos y familiares, hacían música, o simplemente permanecían abstraídas, con los ojos cerrados en la meditación de muchas cosas amadas y definitivamente liquidadas con el tiempo.

Una de las muchachas no cesaba de tocar en el piano, aquel piano que había causado las iras de la dama visitante, canciones sentimentales que hablaban de libertad y amor...

—¡Ah! ¿Cuándo dejará de tocar?—se quejó una reclusa.

—¡Nunca! A esa la vacunaron con una aguja de fonógrafo...—respondió otra.

Margot, en tanto, se entretenía leyendo unas revistas y periódicos que le hablaban del mundo en que ella había vivido y al que un día u otro tendría que volver.

—Muy entretenida estás—le dijo su compañera Lucy.

—Scott me manda estas revistas.

—¿Es un ratero tu novio?—le preguntó otra de las chicas, condenada por falsificación.

—No es mi novio. Y no es ningún ratero, sino un gran negociante... un hombre muy rico y muy caballero...

—Vamos, no digas... Estos obsequios que te envía, no te los hace graciosamente. Supongo que te es-

M A L V A D A

tará esperando para casarse contigo.

—Sí... así lo quiere...

—¿Y tú?

—Yo no sé... Creo que sí... Es tan bueno... Es el único brazo en que apoyarme... la única ayuda que podré tener... para mí ...y para mi hijito...

Su voz era dulce, quejumbrosa, llena de tristeza... Una de las reclusas movió tristemente la cabeza.

—Pues haces mal en pensar en ello, hijita.

—¿Y por qué?

—Porque aunque te cases con una persona decente y observes buena conducta, nadie te dejará olvidar que has estado en la cárcel... Todo el mundo se enterará de ello y se burlará de ti... Una vez aquí ya quedas señalada para toda tu vida, Margot... Nos condenan a unos cuantos años y en realidad nos condenan para toda la vida. No nos dejan olvidar nuestro pasado. Desecha tus anhelos, Margot...

—¡Oh, no hables así... no hables así!

Quedó en un profundo estado de amargura. ¡Qué horror! Entonces, ¿jamás, jamás podría verse libre de aquel odioso estigma de presidiaria?... Y ¿no sólo la alcan-

zaría a ella, sino al hijito, a aquel ser cuyo alumbramiento se anunciaba para fecha próxima?

Hojeó las revistas, sin ver sus imágenes, agitada por dolorosos pensamientos, por sus nervios en violenta tensión.

Su amiga Lucy intentó calmarla.

—No te disgustes... ¿Quién sabe lo que puede ocurrir con el tiempo?

—Sí... Sí...

De pronto se fijó Margot en una de las presas que la estaba contemplando con unos ojos fríos, extáticos, amarillentos...

Desvió la mirada, temerosa de aquella otra que se fijaba en la suya con una agresividad casi criminal.

Pero varias veces sintió la sensación de que aquellas pupilas la estaban contemplando y volvió a mirarla, dándose cuenta de que no se había equivocado.

¡Qué mirada tan hostil! Volvió la cabeza hacia otra parte, pero sintiendo la sensación casi física de que la espiaban, volvió a contemplar a la reclusa... Y encontró de nuevos aquellos ojos redondos, extáticos, inmóviles, clavados en ella con una dureza despiadada...

Ya otros días, ya otras veces, había sufrido el tormento de esta mirada repugnante...



Vibraban sus nervios. Ya no podía más... Porque los ojos odiosos de aquella mujer correspondían a un rostro envejecido, de facciones repulsivas, en que los labios eran una leve cinta roja y los dientes oscuros y largos tenían algo de bruja...

Margot sintió miedo. Le pareció que aquellos ojos no sólo la hacían daño a ella, sino al niño que vibraba en el fondo misterioso de su ser.

Cogió las revistas, las arrugó con un gesto nervioso.

—¡Esa mujer me va a volver loca! ¡No me mire más! ¡No me mire más!—gritó exasperada y levantándose.

La aludida no pestañeó, y siguió en su contemplación de éxtasis.

—Pero, ¿por qué me mira? ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo?

No contestó aquélla... Los ojos se hacían más amarillentos y en ellos aparecían estrías de sangre.

Lucy le aclaró el enigma.

—Te mira así porque te odia... porque vas a tener un hijo.

—¿Y qué le importa?

—Ella mató a su hijito...

—¡Qué horror!

Apartóse de la presencia de aquella infanticida que, como si no oyese el anterior diálogo, perma-

neció con la vista fija en la futura madre.

—¡Yo voy a enloquecer!—gritó Margot con verdadera desesperación—. ¡No puedo más! ¡Es preciso que salga de aquí!

—¡Pero, Margot!

—¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Había ido a la reja, se asía a los barrotes, buscaba libertad y vida.

—¡No puedo más! ¡Dejadme salir!

—¡Margot! ¡Margot! ¡Silencio!—suplicaban aterradas sus compañeras.

Entró la directora de la cárcel y abrazó cariñosamente a la pobre mujer.

—¡Cálmate, Margot!

—¡Señora! ¡Señora! ¡Yo me voy a morir!... ¡Yo me muero aquí!

—Ten paciencia, Margot. Ven conmigo... Tengo buenas noticias que darte.

—¿A mí? ¿Buenas noticias? ¡Imposible!

—Ya lo creo... Ven conmigo...

Salió con ella hacia el corredor.

—¿No sabes? Tú hijo no nacerá aquí, sino en un hospital.

Los ojos de Margot relampaguearon de júbilo.



Se sentía alegre, fuerte, animosa...



¡Horas claras, apacibles, de su vivir matrimonial!





... daba detalles de la salida de los atracadores.



— Ha herido usted gravemente a un policía...



— ¡He sido un infame!



... se celebró la vista de la causa.





Y Margot iba a comenzar su vía de amargura...



¡Qué terrible vida aquella!



— ¡No puedo más! ¡Es preciso que salga de aquí!



...fué despertado por la enfermera.





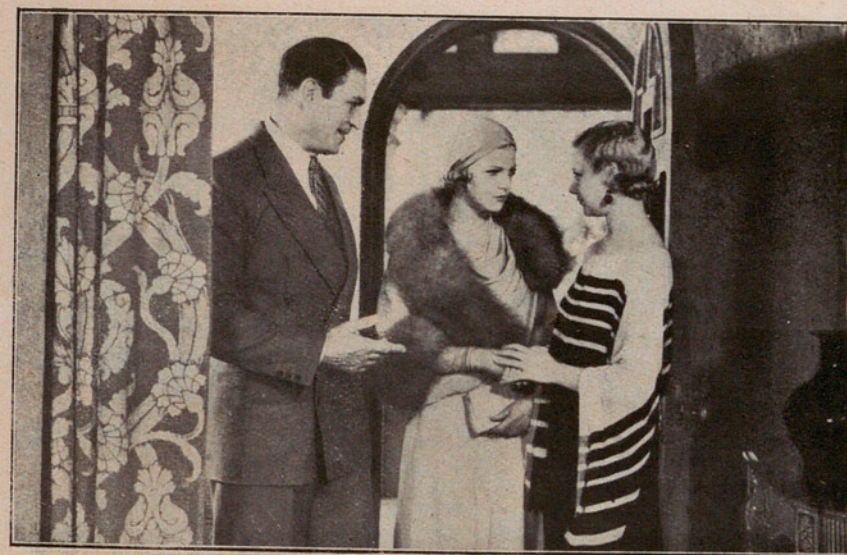
— Dentro de poco, tú, la niña y yo estaremos camino de Australia.



— Sobre los hijos no se pierde jamás el derecho.



— Yo no puedo dejar a mi hija. .

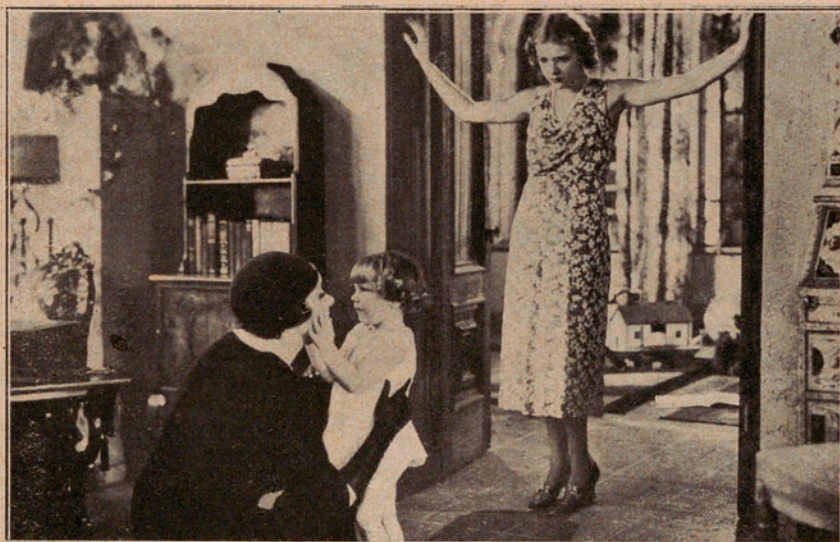


Después de las presentaciones, June abrazó a su nueva amiga...





—Tenga cuidado o va a volver a la cárcel por secuestradora.



Por un momento Margot contempló a la intrusa y a su hijita...

## M A L V A D A

—No puedo creerlo. Usted me engaña. Usted se burla de mí.

—De ningún modo. Líbreme Dios de hacer burla de cosas semejantes. Tu amigo Scott, aquel señor tan bueno, ha conseguido que puedas dar a luz fuera de aquí... Estarás en un hospital del Estado, muy bien cuidada y atendida.

—¡Oh, qué alegría! ¡Qué alegría, Dios mío!

Y sin poder contener su emoción y olvidándose de su tristeza, abrazó a la directora y ésta permitió aquella efusión de cariño de la pobre mujer que conseguía para su hijo aquella primera ilusión de la libertad.

\* \* \*

Scott aguardaba impaciente en una de las salas del hospital. Fumaba un cigarrillo tras otro. Sabía que Margot pasaba en aquellos instantes por el trance augusto de la maternidad y estaba pendiente del menor detalle...

Lleno de bondad paternal, adoraba ya aquel ser que llegaba, como si fuera su propio hijo... Lo era de Margot y esto bastaba para que lo quisiera también. De Margot, a la que amaba con el amor generoso y puro de un niño grande.

Pasó una enfermera, con sus blancas tocas de lirio.

—Señorita, ¿no hay novedad?

—Calma, calma... y haga el favor de no echar más cenizas en el suelo.

Se retiró la enfermera, y Scott, disgustado, tiró al suelo el cigarrillo que estaba fumando y aun lo pisoteó, desparramándose todavía más ceniza por el pavimento. Para que aprendiesen a hacerle advertencias de tal clase.

Luego se sentó cómodamente esperando la fausta noticia. Y



aguardando durmió un poco la siesta, de la que fué despertado por la enfermera.

—Puede ya pasar. Sígame usted.

—¡Muchas gracias!

Entraron en un cuarto blanco, limpio, donde todo era reluciente y alegre...

En una cama se encontraba Margot. Y junto a ella, apretada contra su cuerpo, una nenita envuelta en pañales, sonriente y linda como una flor.

Avanzó Scott tímidamente, permaneciendo primero junto a un biombo sin atreverse a avanzar.

—Pasa... pasa, Scott.

Aquel hombre, en cuyo corazón flotaba ya como una emoción paternal, adelantóse hacia la enferma, se sentó a su lado y contempló con ojos cándidamente alegres a la nenita rosada, de ojitos claros, de boquita suave y entreabierta.

—¡Es una preciosidad, Margot! ¡Se parece a ti!

—¡Mucho más guapa!

—¡Como tú!... ¡Qué bonita! ¿Y qué nombre le pondrás?

—Antonia. ¿No te parece?

Sin sombra alguna de disgusto, con aquella generosa nobleza de su corazón, curado definitivamente de todos los celos, Scott respondió:

—Me parece magníficamente

bien... Es hija de Rand... Debes ponerle su nombre. ¡Pobrecita! ¡La nena bonita! ¡El encanto de mamá!... ¡El encanto mío!... ¡Nena!... ¡Antonia!

Se sentía padre antes de serlo realmente; experimentaba en su alma las efusiones de tan hermoso sentimiento... Acariciaba la tierna barbilla del infante, sus mejillas rosadas, su boca que era un botoncito de color de rosa.

—¡Nenita! ¡Antonia!

La madre, conmovida, acarició también a la niña y sus manos se encontraron con las de Scott. Y por un instante se abandonaron a la caricia, al dulce encuentro... Después ella retiró las suyas y quedó Scott acariciando aún a la recién nacida.

Volvió la enfermera rogando a Scott que se retirase.

—Un poquito más.

—Ya no. Otro día. Margot está muy débil y no le conviene recibir visitas.

—Pues hasta mañana, Margot.

Y salió de la habitación de puntillas, no queriendo hacer ruido, para no turbar el sueño de ángel de aquella niña que se había dormido dulcemente.

Y volvió al día siguiente, y al otro, y al otro, y durante todas las

semanas que permaneció Margot en el hospital.

Pero un día se recibió la orden de que, convaleciente ya, Margot debía reintegrarse a la cárcel.

La muchacha recibió con estoicismo aquella noticia que de nuevo la iba a privar de la relativa libertad y bienestar que gozaba en esta institución benéfica.

Pero no demostró demasiado su dolor. Le quedaba su hija; su niña iría con ella, y una madre es feliz en cualquier parte, mientras tenga junto a sí al fruto de sus entrañas... Ya la prisión no le parecería tan sombría como antes, ya le serían menos odiosos sus muros, pues alegrarían sus horas de encierro las risas y la voz de su pequeña...

Mas, cuando la niña creciese y se fuera dando cuenta de la realidad de las cosas ¿no sería doloroso que ella comprendiera la verdad?

¡Dulce niña! ¿No se avergonzaría, con el tiempo, alguna vez de su madre? Pero ¿por qué preocuparse tanto? ¡Quién sabe si las gestiones de Scott tendrían éxito y le concederían el indulto! ¡Quién sabe si dentro de poco la pondrían en libertad!

Le estaba tan agradecida a Scott que cuando fuese libre se casaría

con él. Mientras vivió Rand, fué para él todo su amor y su ternura, sin que la sombra de un mal pensamiento ensombreciera su imaginación... Ahora al verse abandonada de todo el mundo se ampararía en aquel brazo noble que iba a protegerla a ella y a su hijita.

La directora del hospital la hizo pasar, el último día de su estancia, a su despacho, haciéndola firmar varios documentos que se referían, según expresó la funcionaria, al nacimiento de la niña.

Sin leerlos, la madre los firmó. Después le advirtieron que el señor Scott deseaba despedirse de ella, y Margot, cogiendo a la niña en brazos, se dirigió al encuentro de su amigo.

Scott besó a la niña que le sonreía como si ya le fuera familiar aquella imagen.

—Scott... gracias por todo lo que has hecho, por tus desvelos, por tu bondad, por tus atenciones.

—¡Todo lo mereces, Margot! Y no temas. Pronto cesará tu martiro... He buscado un buen abogado para que trabaje tu caso.

—¿Y crees...?

—Que saldrás libre, sin ningún género de duda... Dentro de poco, tú, la niña y yo estaremos camino de Australia.

—¡Scott!



—Querrás venir, ¿verdad?

—Sabes que sí...

—¡Margot bonita!

Aparecieron dos damas: la directora del hospital y una señora de aspecto grave, sereno y repelente.

—Señor Scott, debemos hablar con la señora Rand—dijo la directora.

—Ya... En seguida... ¡Adiós, Margot!—le dijo muy emocionado, besando la mano de la mujer que amaba y luego la carita de la nena de carne de flor—. Ya te iré dando cuenta de mis gestiones... ¡Adiós, Margot!

Se retiró sonriente y al pasar ante las señoras las contempló con altivez, y éstas, a su vez, miraron a Scott con insolencia.

¡Qué mujeres tan antipáticas!, pensó. Y calándose hasta los ojos el sombrero abandonó el hospital para emprender inmediatamente la campaña a fin de que fuera liberada cuanto antes su futura esposa.

Margot con la niña en brazos contemplaba a las dos visitantes. ¿Era ya hora de marchar?

La directora del hospital habló sonriente.

—Me va usted a hacer el favor de darme la niña, Margot. Ella no debe ir a la cárcel.

La sorpresa, la contrariedad, el

espanto, se dibujaron sucesivamente en los ojos azules de Margot.

—¡Oh, no, señora, no! Yo no puedo dejar a mi hija, yo no puedo dejarla...

—¡Cálmese!... Debe ser usted justa para con su niña...—intervino la dama de severo aspecto—. En nuestra Institución, en "La Casa de Niños", que yo dirijo, tendrá de todo. Nada ha de faltarle y estará mucho mejor cuidada que en la prisión.

—Pero es mi niña, señora, es mi hijita y no quiero que me separen de ella.

—Comprendo su dolor, pero la ley no permite otra cosa... Nosotros la cuidaremos bien. Sea usted razonable.

—¡Mi pobre angelito!

La directora del hospital pretendió coger a la niña; Margot aun retuvo a ésta entre sus brazos unos instantes, llenándola de besos.

—¡Mi niña! ¡Mi angelito del alma! ¿Es que la voy a ver ahora por última vez?

—No tema... Iremos todos ahora hasta la prisión... Hasta allí podrá usted tener a su hija.

—¡Y yo que pensé tenerla siempre a mi lado!

—¡Cálmese! ¡Por favor!

La encargada de la Institución

cogió a la niña en brazos y Margot las siguió desolada por aquella nueva contrariedad con que era zaherida. Escribiría a Scott para que activase las gestiones... ¡Ah, ya no le quedaba ni el consuelo de tener cerca a su niña!

Las damas comentaron algo en voz baja...

—¿Firmó Margot los documentos?

—Todo está en forma y de modo legal. La niña pertenece ya a la Institución.

—¡Muchas gracias!

Poco después un automóvil conducía a las tres mujeres y a la niña hacia la prisión.

Al cabo de una hora llegaron a la puerta del sombrío edificio que se levantaba entre montañas.

Por última vez la desolada madre, llorando sin consuelo, abrazó y besó a la niña de su alma, de quien la separaba la ley.

—¡Adiós, mi cielo! ¡Algún día mamá irá por ti, mi bien!

La dama de la Institución le quitó la niña y la puso en su regazo...

—¡Por favor! ¡Trátenla bien!

—Descuide usted... ¡Estamos tan acostumbrados al trato con los niños! Hay tantos... tantos...

Un nuevo sollozo, un nuevo beso a la carita y a los ojos de la nena, y la madre descendió del coche. Este partió a gran velocidad llevándose aquel pedazo del alma y de la vida de Margot...

Margot entró en la cárcel, cuyas grandes puertas se cerraron tras ella.

Otra vez la vida del presidio, la monotonía de las horas iguales, el dolor de la esclavitud...

Fueron las reclusas a saludar a su amiguita y muchas experimentaron un desengaño, pues habían creído que ella vendría con su niña... Y al no ser así, se conmovieron también ante el dolor de Margot... Esta ya no rehuía ahora, como antes, las confidencias... Hablaba a cada momento de su hija, sintiéndose orgullosa de su maternidad... Y por el alma de todas aquellas mujeres pasaba también como una ráfaga de emoción cuando la oían hablar de la nena ausente y la veían llorar alabando sus gracias de belleza frágil de florecilla matinal...



\* \* \*

Días, semanas, meses... La vida que va pasando, la noria eterna que hace andar el tiempo...

Tonia, la nenita de Margot, era robusta y hermosa... Andaba ya, balbuceaba las primeras palabras mal dichas de la niñez en sus comienzos.

Aquella Institución, aquella "Casa de Niños", situada en un magnífico chalet, rodeado de jardín, con todas las comodidades de un Estado previsor y que cuida de sus hijos, guardaba más de doscientos niños huérfanos y abandonados. Eran cuidados por numerosas enfermeras que se preocupaban extraordinariamente de ellos, pero a las que faltaba el haber sido madres para darles verdadero amor.

Los niños estaban bien, eran felices en aquella primera edad en que sólo impresionan las cosas de momento y en que el cerebro está limpio de toda clase de recuerdos y de preocupaciones.

Cuando las criaturas tenían siete años, es decir, cuando comenzaban a entrar en el uso de razón, eran trasladados a otro Centro del Estado, de mayor severidad y disciplina.

Pero muchos de aquellos niños no llegaban a cumplir los siete años en la Institución... Eran adoptados por matrimonios sin hijos, por gentes aburridas y solitarias que necesitan un cariño infantil, por almas simplemente generosas que quieren hacer un bien y libran de la tutela oficial/siempre insuficiente a algunos de aquellos pequeños que carecieron del amor familiar en sus primeros días...

Tonia, la hija de Margot, era acaso la criatura más preciosa de toda la Institución... Un verdadero ángel, una nena para ser pintada por un artista verdaderamente enamorado de la belleza...

Cierto día, la señora Luther, dama riquísima de la ciudad, de unos cincuenta años, casada con un fi-

M A L V A D A

nanciero millonario, de cuyo matrimonio no había tenido ningún hijo, había ido a la Institución en compañía de su esposo, con el deseo de adoptar, de prohijar a alguno de los acogidos a la beneficencia pública.

Rápidamente se fijaron en Tonia, la llamaron, y como la nena, además de tener una carita preciosa, era simpática, adorable y lista, creyeron que habían encontrado a la hija adoptiva que necesitaban.

Realizaron sucesivas visitas para convencerse de que su primer punto de vista era acertado. Y acabaron adorando a aquella nenita, que ante las frecuentes golosinas con que la obsequiaban, sentía por aquellos visitantes una gran estimación.

Iban a adoptarla, se la llevarían a su casa, sería la heredera de su inmensa fortuna.

Una tarde la señora Luther fue a concretar con la directora del establecimiento los últimos detalles de la adopción... Iba a llevarse ya con ella a la nenita.

—El señor Luther y yo idolatramos a Tonia. ¡Se hace querer tanto!... Su adopción llena un verdadero vacío en nuestro hogar.

—Es de las niñas más simpáticas que tenemos...

—Su mamá está en la cárcel

aún, ¿verdad?—preguntó con interés, pues conocía a medias la triste historia.

—Sí, señora...

—Y dígame, ¿podría venir a reclamarla algún día?

—Perdió todos sus derechos cuando puso a Tonia aquí...

—¿Es seguro eso? ¡Figúrese qué disgusto si después de hacernos la ilusión de que vivirá siempre con nosotros, nos la quitasen!

—No puede ser. La ley les ampara a ustedes. Ella renunció a sus derechos.

—¡Gracias, señora! Voy, pues, a llevarme la niña.

La pequeñita se marchó alegremente con la señora Luther y ésta sintió una de las mayores alegrías de su vida al tener en el automóvil, junto a sí, a la pequeñuela.

¡Ah, su lujoso hogar ya no sería triste como antaño! Le alegrarían las risas infantiles, las risas de aquella niña, a la que amaba como si hubiera nacido de su propio ser. Y su marido, hombre mucho más viejo que ella, adoraba también a la pequeñuela con toda su alma... La dama estaba segura de que el mal humor que le producía a su esposo no tener hijos, se desvanecería ahora al tener junto a sí a una niña, verdadero regalo del cielo.



Sonriente, la directora del asilo fué a advertir a la joven que cuidaba de la administración:

—Borre el nombre de Tonia Rand de nuestros archivos...

—¡Perfectamente, señora!...

Y trazó una raya sobre el nombre de la nena que tenía una nueva madre, una mujer que no era la misma que entre estremecimientos de agonía y sufrimiento, le había dado la vida...

\* \* \*

Años después... Margot Rand proseguía en la prisión aunque con la alegría de que en breve iba a ser libertada. Anhelaba esa libertad que la iba a permitir estar al lado de su hijita.

Ignoraba aún que ésta no se encontraba hacía ya mucho en el Asilo. Había escrito varias cartas a la directora pidiéndola noticias de la pequeña. La directora, deseosa de evitarle disgustos, no había querido decirle la verdad, se había abstenido de indicarle que Tonia pertenecía ya a otra familia. Y con esta ignorancia feliz, la madre concebía magníficas esperanzas para cuando fuese libre.

Se acercaba ya la hora en que saliese de la cárcel. Las constantes gestiones efectuadas por Scott, su

esfuerzo continuo cerca de los poderes públicos, habían dado su resultado. Primero fué la rebaja de la condena, luego la extinción casi total de la misma.

De un día a otro iba a llegar a la prisión la noticia de que Margot había sido indultada... Y casi todas las muchachas, con excepción de aquella loca que había matado a su hijo, se alegraban sinceramente de que Margot pudiera marchar... Bien adivinaban todas que aquella criatura no era ninguna delincuente, que jamás había hecho voluntariamente daño a nadie y que no merecía aquel encierro... Y se contagiaban con la alegría de ella cuando con emoción maternal les contaba que iba a abrazar a Tonia.

Lucy era la inseparable compañera de Margot. También Lucy, al influjo de su amistad con Margot, parecía haber recibido la bondad y la nobleza de sentimientos de ésta. También estaba arrepentida de su delito y cuando saliese de la cárcel—¡oh, todavía faltaban muchos años!—no volvería a beber...

Después de cenar y antes de que sonara la campana de retiro, Lucy iba a veces a la celda de Margot y hablaba largamente con ésta.

Margot estaba como deslumbrada... le había escrito Scott asegurándole que su indulto era cuestión de días, que se preparase para salir. Y todas las mañanas la reclusa pensaba si aquél sería el último día de su existencia rigurosa.

Estaba terminando un precioso perrito que había bordado en seda y oro, lindo juguete que reservaba para su niña.

—¿Crees que le gustará a Tonia?

—¡Es precioso!

—¡Ah, mi niña! ¡Las ganas que tengo de verla! Me parece un sueño el poder salir... He de leer y releer las cartas de Scott para darme cuenta de que mi liberación está próxima... ¡Qué alegría tan grande!... Después de tantos años de

terrible esperar, Tonia será mía otra vez.

—Sí que estás de suerte... Mucho te debe querer tu amigo cuando tanto se interesa por ti.

—Sí, me quiere... ¡Es tan bueno, tan puro y generoso en todos sus actos!... Sin él, yo me hubiera estado pudriendo en esta prisión años y años...

—¿Te vas a casar pronto?

—Eso sí que no lo sé... Yo sólo vivo, por encima de todo y sobre todo, por mi hija... Soy madre primero que mujer... Sólo encontrando un hombre que quisiera a Tonia como a una hija, transigiría en casarme...

—Pero tu novio debe querer a tu Tonia.

—Es cierto... La quiere mucho, me lo ha demostrado tantas veces...

—Entonces... boda.

—¿Por qué no? Mi nena estará más protegida con un hombre como él y para mí no será tan solitaria la existencia.

—Pues te deseo una felicidad sin medida.

—Gracias, Lucy, como a ti...

Y las dos compañeras se abrazaron, a tiempo que la campana, ordenando que todo el mundo se retirara a sus celdas, sonaba con melancólico son.



\* \* \*

Ya había sido firmado el indulto total de Margot. Sería puesta en libertad inmediatamente... El Gobierno, accediendo a las consideraciones de aquel caso especial, le hacía gracia del resto de la pena.

Scott, que tan eficazmente había trabajado para ello, fué a ver al abogado señor Wells, gracias a cuya influencia, colaboración y doctrina jurídica, había sido indultada la muchacha.

—¡Albricias, Scott!— le dijo el abogado, sonriente—. Al fin logramos que la perdonasen.

—Era inocente y se imponía ese resultado un día u otro.

—Nos ha costado mucho, mucho... Pero al fin podemos cantar victoria. Y ha sido para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida, pues el caso de su amiguita me interesó desde el primer día por lo patético de las circunstancias, por lo doloroso de los hechos.

—Le estoy muy agradecido por todo, Wells.

—Mi misión no ha terminado aún... He encargado a June, mi secretaria, que arregle un pisito bien coquetón y encantador para Margot... Las dos muchachas serán muy amigas. A Margot le convendrá una mujercita que la ilustre y oriente en modas, en costumbres, en sociedad.

—Es verdad. Usted piensa en todo. ¡Es admirable!

El abogado llamó por teléfono al despacho contiguo rogando dijese a June que viniera.

—¿No está aún? Bien, díganle que pase en seguida que llegue.

La conversación continuó entre el abogado y su cliente.

—June será la gran compañera para Margot... con su charla tan deliciosa... con sus consejos tan atinados...

—No lo dudo, Wells. Y es una idea magnífica... Margot no tiene a nadie más que a mí, y las mujeres desean siempre la compañía de otra mujer para esas cosas de

M A L V A D A

modas que nosotros no entendemos.

—Por eso lo hice.

No tardó en presentarse June, una muchacha rubia y bonita, parlanchina hasta los codos, temperamento alegre e independiente.

—Perdone que les haya hecho esperar, pero me retrasé en unas compras.

—¡Oh, no importa!

—La casa está ya toda arreglada... Se va a llevar Margot una magnífica sorpresa.

—Eso le servirá de compensación al amargo tiempo de presidio—indicó Scott.

—Todo se lo merece ella.

—Todo, es verdad... ¡Qué mala suerte tuvo en su vida la pobre Margot!... ¡Ojalá en lo sucesivo sea todo al revés! Si de mí depende, nada ha de faltarle.

—¡La quiere usted tanto!

—Fué mi primer amor, mi gran amor, y es milagroso que después de tantas cosas ocurridas, podamos volver a estar juntos... Pero ¡caramba! ¡Qué tarde es ya! Me voy a la cárcel... Es preciso que Margot salga cuanto antes.

Y el buen amigo de Margot, aquel corazón bondadoso e infantil, encerrado dentro de un cuerpo atlético y vigoroso, salió de casa del abogado y subiendo a su lujoso

automóvil se hizo conducir a la Prisión del Estado.

Había llegado ya allí la orden de que fuera Margot puesta en libertad, y, por tanto, no hubo el menor inconveniente en que saliera inmediatamente.

Con una alegría divina en el corazón, Margot se despidió de sus compañeras que se agrupaban tras las rejas dándole el último adiós... Algunas lloraban, pues la marcha de Margot hacía más patente el contraste de su reclusión con la hermosa libertad de allá fuera...

Lucy y Margot se abrazaron sinceramente conmovidas... La puerta enrejada se abrió para dejar paso a Margot, y Lucy, sonriente, quiso seguirla también, acaso con el íntimo propósito de marchar con ella, pero la celadora le impidió el paso obligándola a retroceder.

La directora del establecimiento despidió a Margot hasta la misma puerta de salida... Había sido una de las reclusas de conducta más ejemplar, de carácter más bondadoso, sin que nunca hubiese faltado al reglamento... Y la saludó con gran afecto anhelando en el fondo del alma que todas fueran como ella.

Scott la esperaba junto al automóvil en la puerta de salida.



—¡Margot! ¡Por fin! ¡Libre! Estrechó sus manos con magnífica efusión. Ella estaba como loca de júbilo.

—¡Libre! ¡Libre!... ¡Cómo te he de agradecer siempre esto, Scott! ¡Ah, qué bien respiro! ¡Qué atmósfera tan pura! ¡Qué hermoso es todo!

Era a mediodía. La luz doraba los montes cuajados de frondosa arboleda. El cielo tenía una transparencia de cristal... Las mieses maduraban al magnífico calor de la naturaleza.

—¡Libre! ¡Libre!—repetía ella contemplándolo todo con ojos extasiados y abriendo los brazos en un amplio gesto de amor como si pretendiera estrechar entre ellos al divino y luminoso paisaje.

—¡Y para siempre! Vamos ya, Margot... Sube al coche.

Se acomodaron en el automóvil... Se dejó ella caer alegrementemente en el asiento... Sus brazos se agitaban sonrientes como saludando a todos aquellos bosques, a las altas montañas, a aquella luz que

nunca le había parecido tan hermosa...

—Vamos a ir a tu nueva casa... Está llena de juguetes para tu hija. June, una buena amiga nuestra, que va a serlo tuya también, ha convertido la casa en una preciosidad.

—La veré después... Busquemos antes que nada a Tonia. La necesito. Quiero abrazarla, fundirme con su calor...

Y se enternecía al pensar que dentro de poco iba a tener ya para siempre a la nena de la que la ley la había separado durante tanto tiempo.

—¡Tres años tendrá ya la pequeña! ¡Qué hermosa debe estar!—exclamó Scott.

—¡Scott, dile al chofer que vaya más aprisa... más aprisa!... Quiero ver cuanto antes a Tonia.

—¡Chofer... más aprisa!—contestó él, riendo.

Y el coche parecía volar sobre aquella carretera asfaltada y fina como la palma de la mano.

\* \* \*

Una hora después llegaban al Asilo. Entraron en la administración. Desde allí se oían risas infantiles. Voces y canciones de niños, canciones de tierna tonada como en un alegre bosque de ruiseñores. En el patio contiguo estaban jugando las niñas. Margot sintió que le palpitaba el corazón al pensar que una de aquellas criaturas era la hija de su alma.

—Soy la señora Rand... Vengo por Tonia—dijo a la joven encargada de la administración.

Examinó un libro y contestó:

—¿Por Tonia? ¡Oh, no sé!... Haga el favor... Avisaré a la señora directora.

Estada turbada, recordaba que aquella niña no pertenecía ya a la Institución y había sido proijada por una familia muy rica. Pero no queriendo decir eso a la madre de Tonia, prefirió ir a ver a la directora para que ésta pusiera las cosas en claro.

Al quedar Margot a solas con Scott, dijo a éste:

—¡Qué impaciente estoy!... ¡No puedo esperar más!... Voy a buscarla.

—Pero aguarda un momento.

—No... no... Mi hija está ahí a cuatro pasos ¿y no quieres que corra a abrazarla?

Y dejando a Scott que aguardase a la directora, a Scott que ignoraba totalmente lo que había sucedido con la niña, pues mientras el abogado se preocupaba de la libertad de Margot, él tuvo que regresar a Australia de suma precisión, salió al patio comenzando a andar entre aquellas criaturas que cantaban, jugaban y reían con esa felicidad inconsciente y maravillosa de los primeros años.

—¡Tonia!... ¡Tonia!...

Repetía sonriente esta palabra en espera de que, de un momento a otro, una vocecita infantil le contestara: Soy yo... Pero las niñas,



sin responderle, contemplaban con extrañeza a aquella dama desconocida que iba por entre los grupos, repitiendo un nombre, mirando fijamente a todas aquellas criaturas, esforzándose por adivinar en los rasgos de una de ellas la fisonomía de la niña amada.

—¡Tonia! Tonia!

Nadie respondía a esta voz, y la madre comenzaba a sentirse extrañada de que no estuviera allí la pequeña... ¿Habría acaso otro grupo de niñas? ¿Estaría enferma?

Vió a una chiquitina que la miraba con grandes y azules ojos que parecían sonreír.

Le dió un vuelco el corazón, pareciéndole que aquella nena era su hija.

—¿Te llamas Tonia?

—No, señora. Mi nombre es María para servir a usted.

Un rictus amargo contrajo los labios de Margot...

—¡Dime! ¿Hay una niña aquí llamada Tonia?

La nena tardó unos momentos en contestar.

—Me parece que no...

Y escapó sonriente para continuar el juego con sus compañeras, mientras Margot, conmovida por una profunda inquietud, por un malestar que ella misma considera-

ba excesivo, se dirigía de nuevo al despacho.

En vano trataba de calmarse a sí misma. No había por qué temer nada malo. Podía Tonia estar con otras niñas de paseo, podía hallarse en clase y salir al patio después.

Llegó al despacho y encontró a Scott discutiendo acaloradamente con la directora.

—¡Ustedes no tenían derecho a ello! —protestaba enérgicamente Scott—. Tonia era sólo de su mamá.

—Nosotros lo hicimos con la mejor intención. Casos como éste hay muchos. La ley nos protegía...

—Pues es una ley absurda.

Avanzó Margot hacia la directora...

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho usted con ella? —preguntó retorciendo las manos con desesperación, adivinando algo cruel y terrible en todo aquello.

—¡Cálmese, señora!... Ya no está en el Asilo... Nuestro deber es buscar buenos hogares para las asiladas... En el caso de Tonia tuvimos mucha suerte. La cuida una familia con mucho esmero, con un interés tan grande como si fuera hija suya.

—Pero, ¿qué dice usted? ¿Que mi hija no está ya aquí? ¿Que la

han adoptados otras personas? ¡Oh, no! ¡Esto no es posible!... ¡Dios mío! ¡No es posible! Mi Tonia es mía, de nadie más que mía... y la quiero... la quiero... ¿Dónde está? ¿Dónde?

—En buen lugar.

—¡Diga usted quién la adoptó! —gritó Scott no menos exaltado.

—Me está prohibido por el reglamento... Pero no se preocupe por su niña, señora... Nada le ha de faltar... Todo lo tiene..

—Le faltará mi cariño, mi ternura, mi apoyo... ¡Qué infamia!... ¿No ves, Scott? Yo necesito a la niña... ¿Qué vale la libertad si pierdo a la hija de mi alma?

La voz de la directora sonó fría y hostil.

—¿Por qué se disgusta ahora de ese modo? Usted firmó al salir del hospital unos documentos que nos daban derechos exclusivos sobre Tonia.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Pero cree usted posible que yo... yo... una madre... hubiese renunciado a su hija? ¡Jamás! ¡Jamás!

—Usted firmó.

—Firmé sin saber lo que hacía, firmé creyendo que no tenían importancia aquellos papeles, que no eran más que un simple trámite...

Me fié de ustedes, de su bondad, de su nobleza. ¡Si lo hubiera sabido! Pero esa renuncia no es válida... Sobre los hijos no se pierde jamás el derecho.

—Está usted equivocada.

—¡Pobre Tonia!... ¿Quién la tiene? ¡Por favor... dígame su nombre!

—Ya le he dicho que no puedo hacerlo.

—Esto es una infamia. Yo denunciaré este caso. ¡Mi pobre niña!... Usted me engañó. Yo le escribía a usted preguntándole por mi hija... y usted me decía que seguía bien... sin que jamás en ningún escrito me diera cuenta de esa adopción.

—No quise apesadumbrarla.

Aun suplicó, aun lloró en vano. La directora, rígida, alma fría que no entendía de compasión, dió por terminada la entrevista... Y Margot, llorando en brazos de su amigo Scott, que la recomendaba serenidad, asegurando que ya mirarían de arreglar las cosas, salió del Asilo, abatida, desolada, haciéndole daño aquellas voces risueñas de las niñas, ninguna de las cuales era la hija de su corazón, de las niñas que cantaban una canción popular y vieja.



\* \* \*

La casita que June había arreglado para Margot, era una monada, una preciosidad.

La instalación era deliciosa, con juguetes en todas partes, en el suelo, sobre los divanes, en los armarios, y pendientes del techo unos muñecos y animalillos de goma que se balanceaban suavemente.

June jugaba como una niña con tan lindos objetos... Margot ya no podía tardar. ¡Qué bien estarían allí todos! No conocía aún a Margot y sentía ya por ella un verdadero afecto.

Para el servicio de la casa habían puesto un criado japonés, un nipón modelo de fidelidad.

—¿Tienes hijos, Sammy?—le preguntó ella sonriente, mientras esperaba.

—Nueve en el Japón... y seis aquí, mi ama.

June se echó a reír y después de contarlos con los dedos, comentó:

—Pues no progresas tanto aquí como en el Japón, ¿eh? ¿Qué haces, Sammy?

El oriental inició una leve sonrisa y se alejó con sus pasitos menudos y suaves.

Instantes después llamaban a la casa Margot y Scott. Después de las presentaciones, June abrazó a su nueva amiga, la llenó de besos y la dijo con la alegría y la locuacidad propia de su temperamento:

—Me alegro que hayas llegado, querida. Mira qué juguetes tan lindos. Los hemos comprado en los mejores almacenes de la ciudad. Han costado caros, pero es lo más moderno e interesante que hay. ¿No te parece?... Pero... ¿dónde está la niña? ¿No la traéis con vosotros?

Entonces se fijó en que Margot lloraba y en que Scott se paseaba nervioso por la estancia con el aire del hombre a quien salen mal los negocios.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna mala noticia? ¿Dónde está la niña? ¿Murió acaso?

—¡Me la han quitado!—murmuró la madre—. ¡La tienen

M A L V A D A

otros! ¡La han adoptado otros!...

Y entre sollozos, con un dolor que se hacía más vivo a cada momento, la pobre madrecita contó a June cómo le habían arrebatado a su hija y cómo la ley en nombre de una renuncia absurda e involuntaria le impedía ahora volverla a tener de nuevo.

—¡Esto no puede ser! Yo os ayudaré a buscar a la niña. Esto es una arbitrariedad.

—Iré a ver a Wells y veremos lo que se puede hacer... No creo que pueda prosperar ese estado de cosas—indicó Scott.

—¿Y si no me la dan? ¿Tú crees que voy a vivir sin la hija de mi alma?

—No te entristezcas, no seas pesimista, Margot. Verás como te

devolverán a tu hija. Yo me encargaré de ello.

Pero Margot no se tranquilizó por esto. Y a la vista de todos aquellos juguetes, de todos aquellos muñecos que estaban destinados a su hija, se exacerbó su dolor, y lloró con un desconsuelo infinito, con una tristeza tan grande como cuando se hallaba en la prisión en sus primeros días de encierro injusto y odioso...

En vano Scott y June intentaron consolarla... La madre simuló haberse tranquilizado, confiar en que su Tonia volvería pronto a ella, pero al quedarse a solas en su cuarto, volvió a llorar con un presentimiento misterioso que le aseguraba iba a estar separada para siempre del ser que era toda su vida.

\* \* \*

Habían transcurrido dos días. No se había podido dar con Tonia y, por otra parte, la ley no estaba dispuesta a devolvérsela a su legítima madre. Esta había firmado la

renuncia a su hija cuando salió del hospital. La había firmado, naturalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, sin comprender los fines falsamente benéficos y buenos de



la directora de aquel Asilo de niños.

Esa odiosa mujer no tenía consideración alguna para las madres de los pequeñuelos acogidos a su Institución. Especialmente, si se trataba de una mujer viciosa, o de una delincuente, se le hacía firmar, casi siempre con engaños y como quien no da importancia a la cosa, la renuncia a todo derecho sobre el hijo. De esta manera y velando por una moral rigorista y equivocada a veces, la directora del Asilo podía entregar a familias decentes aquellas criaturitas dándolas un hogar honrado y confortable que en otro caso no hubieran tenido nunca. Pero aquella mujer no hacía excepciones, no comprendía que muchas madres podían ser culpables en apariencia, pero que, como Margot por ejemplo, no eran más que víctimas de la fatalidad, del destino que como una nave abandonada las empujaba contra las rocas de la costa... E implacable en su decisión arruinaba la vida de las madres a quienes, acaso, la compañía de sus hijas les habría hecho enderezar su existencia hacia el camino del bien...

Margot sufría profundamente. Era en ella una idea fija, capital, violenta, el recuerdo de la niña. Y June, que sentía por ella una extre-

mada simpatía, le decía con la ingenuidad de su juventud:

—Cuando te veo sufrir tanto, me dan ganas de matar a alguien.

—¡June! ¡Eres muy buena para mí! ¡Sufro mucho.. sufro!... Es peor que si llorase la muerte de mi hija. Me la han quitado... No sé dónde está... No me conocerá nunca, no me querrá nunca.

—¡Vamos, cálmate! ¡Estoy segura de que pronto sabremos dónde se encuentra!

—¡Si eso fuese cierto, cómo iría a arrebatárselos yo a mi hija!

—¿No oyes? Lllaman... Voy a ver.

June fué a franquear la puerta y se encontró con el dueño de la casa, quien con voz vacilante y entrecortada empezó a decir:

—Siento tener que dar este paso, pero vengo a darle una queja inevitable.

June no se arredraba ante nada y contestó mirando altivamente al propietario:

—Nada de eso... Viene usted a que yo le dé la mar de quejas...

—Otro día. Hoy no podría escucharlas... Hoy vengo simplemente a decirle a usted que los vecinos se quejan, que me han manifestado su disgusto.

—¿Y sobre qué se quejan esos impacientes vecinos?

—Les desagrada vivir cerca de una mujer como la que está con usted... con esa joven que ha salido de presidio...

Fué casi milagroso que June, dejándose llevar de su genio vivo, no abofeteara al casero y le hiciera besar el pavimento.

—¡Canallas! ¡No son dignos ni de atarle los zapatos! ¡Canallas! ¡Mala gente! ¡Y usted también... usted también! ¡Fuera de aquí!

Asustado, el propietario se alejó, mientras June dando un violento portazo volvía al lado de Margot que abstraída en sus pensamientos había permanecido por entero alejada de aquella visita.

No quiso June comunicarle nada ante el temor de hacer más amarga la vida de su amiga.

—No te entristezcas tanto, Margot. Mira, ¿por qué no te casas con Scott?... El te idolatra y te protegería.

—Necesito primero a mi hija.

—Mira... ahí viene Scott... Y tiene cara alegre... Debe ser portador de buenas noticias.

Corrieron hacia él. Scott sonreía.

—¿Sabes algo?—preguntó anhelante Margot.

—He averiguado quién adoptó a Tonia.

—¿De veras? ¡Ah, entonces, ya tengo a mi hija!

—Wells me aconseja que no hagamos nada a la fuerza, pues sería peor... Hay que hacerlo legalmente, por las buenas...

—¿Y tú crees que nos la querrán dar?

—No sé... Son ricos y nos va a costar mucho trabajo...

—Dime dónde está... quiero verla aunque sólo sea un instante.

—No puede ser, Margot. Te comprometerías... Lo echarías todo a rodar.

—Es mi hija, Scott. Dime dónde está... Pasaré de lejos... Me contentaré con ver la casa en que ella vive.

—Toma entonces... Aquí tienes su tarjeta. Pero mucho cuidado. No te dejes ver... Un paso en falso sería perder todas las probabilidades.

—No, no lo daré... ¡Ah, mi Tonia, corazón mío!

Y arrugaba la tarjeta entre las manos, anhelando ir a la casa donde Tonia, la niña que ella no había visto desde recién nacida, debía vivir, llamando papás a quienes no lo eran realmente...



\* \* \*

Pasó la noche sin conciliar el sueño, agitada por hondos pensamientos. Recordaba los consejos de Scott para que tuviera prudencia. Pero, ¿cómo contener el ansia de amor maternal que había en ella? Deseaba ver cuanto antes a su hija, aunque sólo fuera desde lejos, como una visión, como una aparición maravillosa.

Y por la mañana, sin decir nada a nadie y aprovechando que Scott y June habían salido, se dirigió a Elm Road, la torre que habitaban en las afueras de la ciudad los señores de Luther.

Con viva emoción distinguió en el jardín a una niña que estaba sentada sobre la arena jugando con una señora.

Junto a los barrotes de la verja contempló aquella criatura linda y rubia en la que adivinó de lejos las facciones del pobre Antonio Rand. ¡Aquel ángel era su hija, la niña de su vida, la niña de su vida, su única razón de ser! Tu-

vo que esforzarse por no gritar, por no llamar desesperadamente a aquella nena suya, de su propia sangre, aquella nena a la que una sociedad mal organizada y sin corazón separaba de su lado entregándola a otra familia... Contempló después a la señora, que se hallaba cortando unos muñecos de cartón.

¡La intrusa! ¡La miserable! ¡Qué brillo de felicidad había en sus labios, en sus ojos, en toda ella! ¡La infame! ¿Por qué le arrebatara lo que no era suyo? ¡Si quería gozar de los hijos, que los tuviera ella, que sintiese desgarradas sus entrañas por el desdoblamiento de su ser!

¡Ah, qué odio sentía en su corazón contra aquella mujer! Y Margot, la madre legítima, la verdadera madre, en cuyo seno había vivido aquella niña que estaba alejada ahora de ella, tenía que reprimirse otra vez para no gritar su acusación y su protesta.

M A L V A D A

La señora Luther, dama feliz, casada con un hombre ya viejo, que no podía darle ya hijos, había encontrado en Tonia, la niña que completaba sus ansias maternales...

La nena jugueteaba y se divertía colocando vestidos a unos muñequitos de cartón.

—¡Mamá le hará otro vestidito a su muñequita!—decía la dama.

—Quiero uno muy bonito.

—Lo tendrás, vida.

Un criado se acercó a la dama y anunció:

—La llaman por teléfono, señora.

—Voy al momento. No te muevas, Tonia. No tardo en volver.

La niña quedó sola y a Margot le pareció aquello providencial.

Decidida a hablar a su hija, a besarla, a tener la alegría de estrecharla contra su corazón aunque sólo fuese por unos momentos, la llamó con una vocecilla débil y suplicante:

—¡Tonia! ¡Tonia!

La pequeña se volvió y al ver aquella señora que agitaba sus manos y le mostraba como un juguete, la miró unos instantes con vacilación y al cabo se decidió a ir hacia ella.

Con cierta timidez la nena llegó hasta el lugar donde estaba

Margot, quien a través de los barrotes de la verja le enseñaba un perrito de seda, caprichosamente bordado.

—¡Nena! ¡Tonia!

Y las manos de la madre, manos que temblaban con la avidez de abrazar, acariciaban la carita, los brazos, el cuerpo lindo y armonioso de la deliciosa chiquilla. Y Tonia la contemplaba con cierta extrañeza mirando bondadosamente al perrito que le enseñaba la dama.

—El perrito está muy triste—murmuró Margot—. Te lo daré si me das un besito...

—¡Toma y dámelo!

Y el pequeño ángel de color de rosa, la criatura a quien la ley había privado de conocer a su madre y que daba este nombre a otra mujer, besó la cara de Margot, a tiempo que se apoderaba del lindo animalillo y lo acariciaba con ternura.

El primer beso que Margot recibía de su hija. Al nacer, las pocas semanas que la tuvo con ella, la dió muchas besos, la acarició muchas veces, pero la pequeña no sabía besarla aún... Y era ahora, tres años después, cuando la madre sentía por primera vez, sobre ella, los labios de su hija, con un beso largo y cálido...



Margot estrechó a través de la reja entre sus brazos a la chiquilla, la besó con frenesí, en la boquita, en las mejillas frescas como la flor, en la frente pura cuajada de rizos de oro...

¿Qué pasó por su corazón? ¿Qué idea fué aquella que repentinamente llenó todo su ser, dominó su voluntad y la hizo poner inmediatamente en ejecución? Ella era madre y no podía consentir que nadie la privara del supremo don de tener junto a sí a su pequeña.

Se levantó; quería llevarse a Tonia... ¡Oh, si los barrotes fueran más amplios, sacaría de entre ellos a la niña y huiría lejos de allí!

Tonia la miraba con simpática curiosidad acariciando al perro de seda. ¡Qué bonito era! ¡Se parecía a uno que tenía de veras y ahora estaba enfermito!

Margot no dudó más... Vió cerca de allí una pequeña puerta de hierro y al empujarla se dió cuen-

ta de que estaba entornada solamente.

¡Maravillosa ocasión para el rapto, si rapto puede llamarse a que una madre se lleve a su hija, cuyo dominio y amparo le niega una sociedad demasiado cargada de leyes!

Sintiéndose toda ella corazón, temblando como una delincuente, penetró en el jardín y cogió en brazos a su hija, y apretándola contra sí, contra su pecho, contra su alma, salió con ella de la torre y empezó a correr desesperadamente mientras la niña acariciando entre sus manitas el perro murmuraba entre asombrada y tranquila:

—¿Dónde me llevas? ¡Quiero a mamá!

—Mamá soy yo, vidita. ¡No temas!

Y corría cada vez más hasta que subiendo a un taxi se hizo conducir a su casa.

\* \* \*

Mucho se disgustó June cuando vió a Margot con su hija. ¿Qué locura acababa de cometer, cria-

tura? ¿No se daba cuenta de la inmensa responsabilidad en que había incurrido? Milagro sería si la

policía no llegaba dentro de poco para volverle a arrebatar a la niña.

—¡Que vengan! ¡No sé la daré!

—¡Cuando Scott se entere!

—Me dará la razón... No podía vivir sin mi hija. Es mía... de nadie más que mía...

—¡Ojalá no te arrepientas de tu paso!

—¡Nunca!

Se dirigió a ver a su hijita que se hallaba en la habitación más próxima y que aparecía llorosa y afligida, rechazando los juguetes hermosos que por doquiera ponían su nota de simpática tentación... Para la nena todo aquello era nuevo y desconocido y como todas las criaturas añoraba la casa familiar.

—¡Quiero a mi mamá!—sollozaba.

Margot sentía que le hacían daño aquellas palabras de su hija... a la que habían enseñado a amar a otra mujer.

—¡Quiero a mamá!

—¡Yo soy tu mamá, tu verdadera mamá!

—¡No, no! ¡Tú no lo eres! ¡Yo quiero a mi mamá!

Y su llanto desgarraba el corazón, pero al cabo, la pequeñita fué calmándose con el atractivo de los juguetes lujosos, numerosos, de las muñecas que hablaban, llo-

rabán y reían, de los animalitos que andaban, de los múltiples juguetes que tenían los movimientos que les imprimió la mecánica...

—Calla... rica... vida de mi vida... nena hermosa... ¿Te gustan estos juguetes? ¿Prefieres un cuento, ángel mío? Mira, te voy a contar uno muy bonito de una princesa tan bonita como tú...

Y mientras besaba la mano de su hija, le contaba un relato maravilloso que ella había oído de pequeñita de labios de la madre y que comenzaba a seducir a Tonia, con esa atracción que ejerce lo fantástico sobre el pensamiento infantil.

Entretanto, la señora Luther, al darse cuenta de la desaparición misteriosa de su hija, denuncióla inmediatamente a la policía... No podía presumirse que la niña se hubiese marchado sola... No lo había hecho nunca y era una niña quieta y apacible que jamás se movió del jardín. Por lo tanto había que atribuir el hecho a un rapto, a un secuestro, seguramente con miras al interés, a la indemnización.

La señora Luther pasaba un disgusto enorme. Se había avezado ya tanto a la compañía de aquella niña, era ya una cosa tan suya, tan de su propia vida, que la idea de



su desaparición la enloquecía. ¡Ah, cuando su marido se enterase, su marido que idolatraba a la pequeña, que veía en ella a la hija que no habían podido tener, a la heredera de su fortuna, a la alegría de su vejez!...

Puesta rápidamente la policía en acción y orientando sus investigaciones en el sentido de que había habido secuestro, pronto encontró la pista que debía devolverles a la niña... Aquel rapto lo había realizado, sin género alguno de duda, la madre de Tonia... que había estado días antes en el Asilo reclamando la niña en una escena dramática...

Unos agentes se dirigieron al domicilio de Tonia, preguntaron a unos vecinos y éstos les comunicaron que horas antes habían visto llegar a Margot con una niña en brazos...

La duda estaba aclarada. No sólo era sospecha sino certidumbre. Y en el acto comunicaron a la señora Luther el resultado de sus investigaciones.

—Sabemos dónde está su niña. La tiene su verdadera madre. ¿Qué hacemos?

—¡Oh, voy en el acto a Jefatura!... Iré con ustedes a reclamar a la pequeña.

La señora Luther no se hallaba

dispuesta a renunciar al derecho que tenía sobre Tonia. ¿Pues qué? ¿Era posible que le quitasen aquella criatura que constituía toda su felicidad? Ni aunque fuese la propia madre. Ser madre no es sólo dar la vida, sino dar espíritu, corazón, felicidad...

La madre de veras no había podido darle aquello; ella sí... Y acompañada de un agente se dirigió a casa de Margot.

Esta se hallaba explicando a Tonia un interesante cuento de unos osos que querían comerse a unos niños. La nena, olvidando por unos momentos su tristeza, su afán de estar en la casa de la señora Luther, la escuchaba en silencio y con una atención cada vez más profunda.

June, desde la estancia contigua, vió por el balcón cómo se acercaban a la casa una dama y un caballero y sospechó inmediatamente que venían en busca de noticias.

Corrió a ver a Margot para comunicarle esta impresión.

—Ahí vienen una señora y un hombre. Este tiene aspecto de policía.

—¡Quédate con la niña! Les recibirá yo—exclamó dispuesta a defender con toda energía y ahinco sus derechos maternos.

Habían llamado a la puerta. June quedó con la nena, y Margot fué a abrir a sus visitantes. Antes cerró la puerta que separaba una sala de otra.

La señora Luther y Margot se quedaron mirándose un momento, observándose con recelo y curiosidad. Eran dos madres, frente a frente, la madre legítima, la que había desgarrado su vida al dar al mundo un nuevo ser, y la madre que con sus cuidados y ternuras quería tener el mismo derecho a aquel sagrado amor.

La señora Luther tuvo que confesarse que Margot le producía una impresión más grata de lo que había supuesto. En todo el porte de Margot había una dignidad, una nobleza, que la impresionó...

En cambio, Margot no sintió para la mujer que pretendía quitarle a su hija más que un profundo desprecio.

Su voz temblaba cuando preguntó:

—¿Qué desean ustedes?

—Vengo por Tonia—contestó la dama con sencillez.

—Se equivoca usted... No está aquí...

El agente intervino con rudeza.

—¡Déjese de tonterías! ¿Dónde está la niña?

—Le digo que no está aquí.

—Tenga cuidado o va a volver a la cárcel por secuestradora.

—Yo no tengo a mi hija...

—¡Registraremos la casa! Está usted mintiendo.

La señora Luther, mujer que tenía finas dotes diplomáticas, intervino suavemente y dijo al policía:

—Déjeme hablar a solas con ella... Las mujeres nos entendemos mejor.

—Como usted quiera, señora.

El agente quedó junto a la puerta, mientras las dos mujeres se sentaban en un diván, y la señora Luther, con una voz que tenía exquisitas amabilidades, decía:

—Señora de Rand... Espero que nos pongamos de acuerdo.

—Es difícil...

—Comprendo que usted ama a Tonia y sé que se sacrificaría por ella. El habérmela quitado, ¡oh, no proteste!, me demuestra que usted adora a su hija... Pero olvida las cosas que han pasado, olvida que yo y mi marido, mientras usted estaba en la cárcel, recogimos a su niña del Asilo y la hemos dado una existencia regalada, de mímos, de bondades, de ternuras... La niña nos quiere y es casi nuestra.

Margot la contempló con altivez.



—La niña es mía y jamás la dejaré...

—Sea razonable, señora... Tonia se ha adueñado del corazón de mi marido y del mío. No podemos separarnos de ella... La necesitamos. Nuestra vida sería una crueldad sin esa nena.

—¿Y ha de ser precisamente mi niña? Adopten ustedes una huérfana, cualquier asilada...

—Tonia es insustituible... Su presencia en nuestro hogar ha evitado un divorcio. ¡Si usted supiera!... Mi marido, al ver que no teníamos hijos, sentía un gran desvío por el hogar... y la presencia de esta niña, su carácter, su bondad, sus sonrisas, han hecho que permanezca en él... Lo he reconquistado. Señora Rand, no sea usted así y devuélvame a mi niña... La educaremos con esmero...

—Eso puedo hacerlo yo...

—Pero usted no puede darle riquezas, fortuna, una posición envidiable.

—¿Y qué me importa? Son cosas baladíes. Yo no vendo a mi hija.

—Nosotros le daremos nuestro nombre... porque la queremos como si fuéramos sus verdaderos padres.

—Usted no puede querer a Tonia como yo... Es carne de mi car-

ne... y no hay amor como el mío... ¿Quiere usted quitarme lo que forma mi vida?... Durante tres años no he pensado en otra cosa que en mi hija. Usted quiere que le dé a mi nena para su felicidad... Pues jamás lo haré, porque eso sería a costa de la mía...

—Tonia no querrá estar con usted—dijo la señora Luther, levantándose—. Ella no la conoce, no la quiere...

—¡Tonia es mía! Tonia me querrá con el tiempo cuando sepa que yo soy su verdadera madre... La quiere a usted porque no me ha visto en tres años. De mí depende conquistar su amor y su ternura... No se la daré nunca... nunca...

—Creo que deberíamos registrar la casa. Hemos venido a llevarnos la niña y no nos marcharemos sin ella.

—¿La niña? ¡He dicho que jamás la entregaré!... Sí, la tengo yo. ¡Mírenla! Está ahí... pero, ¿quién me la quitará de mis brazos?

Abrió la puerta y la niña al ver a la señora Luther se precipitó alborozada a su encuentro. Por un momento Margot contempló a la intrusa y a su hijita con indefinible sorpresa, pero, reaccionando vivamente, cogió a Tonia y la estrechó en sus brazos.

—¡Alma mía, vidita! Aprenderás a quererme, ¿verdad? ¡Seremos muy felices, Tonia!

La apretaba contra sí, escondiéndole la cabeza para que no viera a la señora Luther...

Arrogante, desafiadora, dispuesta a todo para mantener sus derechos maternos, Margot fué retrocediendo con aquel adorado cuerpecito en los brazos. ¡Que vinieran a arrebatárselo, que vinieran!... Antes la tendrían que matar.

El agente, desprovisto de toda afección y dispuesto únicamente al cumplimiento de su deber, adelan-

tó unos pasos con el ánimo de quitársela a la fuerza.

Pero la señora Luther le hizo un gesto. No, era mejor dejarla. ¡Imposible luchar contra aquel amor, contra aquella voz de la sangre, capaz de todo para mantener sus derechos inmortales! La señora Luther tenía que ceder y renunciar con dolor inmenso a su hija adoptiva... Y sin decir una palabra, salió de nuevo con el agente de aquella casa donde había entrado esperanzada de poder llevarse a Tonia y salía viendo la imposibilidad de luchar contra una madre decidida a todo por su amor.

\* \* \*

La señora Luther comunicó a su marido lo ocurrido en casa de Margot.

—Me parece que tendremos que renunciar a ella. Me da lástima esa mujer. Defiende a su niña con tanto ardor...

—¿Renunciar a ella? ¡Tú estás loca! ¡Oh, no, no! ¡De ninguna manera!

Se hallaban en el comedor. Apenas probaron bocado los dos, desgastados por el grave acontecimiento.

Luther telefoneó desde allí mismo a la jefatura de policía.

—Habla Luther... Quiero que me devuelvan a Tonia inmediatamente... y que encarcelen a esa mujer.

—¡Bien, señor!

Dejó el aparato con ira... Su indignación aumentaba. ¡Haberse dejado quitar a la niñita que era el encanto de la casa!... Y aquel hombre viejo, pero bien conservado aún, sentíase con ánimos de castigar a todo el mundo...



—¡ Con treinta criados por aquí y me arrebatan mi mayor tesoro! ¡Jamás perdonaré vuestra negligencia!...

Los criados guardaban un amargo silencio, lo mismo que la señora Luther que, sentada al otro extremo de la mesa, apenas osaba levantar los ojos. También ella sufría por el recuerdo de la niña desaparecida, pero, ¿qué hacer?

—Es intolerable... Tonia, mi hija... con una presidiaria—decía el marido.

Un criado, tímidamente, le sirvió el café.

—¿Por qué no me pones azúcar, animal? ¡Dame tres terrones!—le gritó furioso.

—Pero, señor Luther... Usted no toma nunca azúcar... Acuérdesse de que es diabético.

—¿Y a ti qué te importa? Echame tres terrones ahora mismo.

El criado obedeció, y Luther se bebió el café de un solo sorbo, haciendo muecas de profundo desagrado.

¡Ah, que no se le pusiera nadie delante porque era capaz de hacer algo terrible!... No estaría tranquilo mientras no volviese a tener a su lado a Tonia, cuyas palabras, cuyos graciosos conceptos, le arrancaban a él, hombre duro e inflexible, sonrisas de felicidad.

Un hombre entró de repente en el comedor... Era alto, sonriente, fuerte, desconocido para los Luther.

No era otro que Scott, que se había enterado de todo lo sucedido con Tonia y venía a arreglar las cosas para que madre e hija pudieran permanecer siempre unidas.

Varios criados habían querido impedirle el paso, pero con su fuerza muscular a todos había conseguido apartar de ante él... Al llegar al comedor, el mayordomo quiso oponerse a su avance, pero él, levantándolo en vilo, lo echó a un lado y avanzó tranquilamente hacia la mesa donde los Luther le miraron sorprendidos ante la singular presencia de aquel intruso.

—¡Oh, no se enfade!—le dijo a Luther viendo que éste se disponía a interrogarle en tono amenazador—. Es original mi presentación, pero no hay otro remedio. Me llamo Scott y voy a casarme con la señora Rand y la voy a llevar a Australia... Y con nosotros debe venir Tonia. Por lo que en nombre de Margot y mío les ruego nos cedán a la niña.

—¡De ningún modo! ¡Usted está loco! ¿Cómo se atreve usted a proponerme éso? ¡Ah, usted y su cómplice irán a parar a presidio!

—Bien, pero no grite de este modo, señor... No soy sordo, afortunadamente. Y ¿me quiere contestar a una pregunta, señor Luther?... ¿Qué edad tiene usted?

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Mucho!

—Pues tengo casi setenta, pero me siento como si tuviera cuarenta.

La señora Luther desde el otro extremo de la larga mesa observaba con temor a aquel hombre. ¿Qué se proponía hacer?

—¡Ah, setenta años!—comentó Scott sin dejar de sonreír—. ¡La vida entera... los últimos años de la vida! Sólo por poco tiempo podrá usted cuidar de Tonia, señor. En cambio, la señora Rand es joven, puede vivir muchos años y dedicar su vida entera a su hija.

—¿A qué viene todo eso?

—¡Déjeme hablar! En su juventud usted jamás pensó en tener hijos. Es ahora, de viejo, cuando los anhela, y al no poder alcanzarlos, busca un hijo adoptivo que le dé ese cariño que usted no supo buscar en el momento oportuno. No pensaba usted en tener hijos cuando se divertía y hacía vida de soltero.

Luther sonrió.

—A la verdad que hasta los se-

setenta y cinco fui un solterón galante.

Su esposa se había levantado e intrigada por aquella conversación se había acercado a ellos... Luther la contempló con temor, como si lamentara tener que hablar de su pasado ante ella.

Scott, sin perder su aire tranquilo, prosiguió diciendo:

—Se casaron ustedes demasiado tarde... Y no es justo robar un hijo a la juventud para satisfacer un capricho de la vejez... Tonia no hace en esta casa más que llenar un vacío del que usted solo, señor Luther, es culpable... Usted vivió su vida y no debe hacerle pagar a Margot por ella. Usted y su esposa... Ninguno de los dos se casó cuando era su tiempo, en el abril de su vida. ¿Y ahora quieren ustedes quitar una niña a su madre para sustituir a la que no pueden tener?... No sean así. ¿No comprenden que el retener lo ajeno no les puede hacer felices? Conformen con su soledad o busquen otra niña en el Asilo, que todos los niños se hacen querer si se les quiere... Dejen a Tonia para Margot. ¡Sean ustedes buenos!

Las palabras de Scott, tan oportunas y reales, habían impresionado extraordinariamente a los dos esposos.



En los ojos de la señora había lágrimas, en los de él una profunda melancolía...

Tenía razón Scott. Quien pierde de la juventud lo pierde todo... Los hijos no pueden venir a la vez...

—¡Dejémosle a Tonia, Luther! —propuso ella enjugándose una lágrima—. Será como si se nos hubiese muerto un hijo... pero tendremos la conciencia tranquila de que no causamos el dolor y la desesperación de una madre.

—Sí, Mary... Sea como tú dices—concedió tristemente—. Para nosotros habrá muerto Tonia... Pero no quiero a nadie más... Viviremos de este recuerdo... Ninguna otra niña nos haría olvidar a la que perdemos. ¡Ah, si nos hubiésemos casado cuando jóvenes!

—¡Gracias... gracias... señores! —exclamó Scott, conmovido por el éxito de su gestión—. En nombre de Margot, muchas gracias...

Y corriendo como un gamo se alejó de aquella casa para ir a comunicar a Margot la buena nueva.

El señor Luther, vencido, llamó de nuevo por teléfono a la poli-

cía, retirando su denuncia, rogando no molestasen para nada a Margot.

¡Qué inmensa melancolía al verse solo otra vez, en aquella casa, sin las risas de la pequeña! Pero era su castigo... Si en vez de vivir una existencia de galante solterón, se hubiera cuidado de crear un hogar, tendría hijos... y ahora nietos... nietecillos que alegrarían el declinar de su vida solitaria... Su esposa y él se habían casado demasiado tarde, y ahora pagaban su error.

Días después, Margot y Scott contraían matrimonio, y embarcaban en un paquebot en dirección a Australia, con la grata compañía de Tonia, que comenzaba a olvidar a la antigua mamá para pensar en la nueva que le daba tantos juguetes.

El barco se alejaba lentamente del puerto... Scott abrazó a la que ya era su esposa y murmuró mirando a la ciudad en la que quedaban los seres que con su sacrificio hacían posible su unión:

—¡Buenas personas esos Luther!

FIN

## COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

### La Novela Semanal Cinematográfica

#### LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrelli.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Bec Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La siera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn. Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez.—Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La Divorciada.—Madame Satán.—¿Cuándo te suicidas?—Marianita.—El Carnet Amarillo.—Honrarás a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—¡Viva la libertad!

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



## PRÓXIMO NÚMERO:

La deliciosa novela

# El teniente del amor

por Dolly Haas, Gustav Fröhlich, Livio Pavanelli, etc.

★

EN PREPARACIÓN:

La maravilla de la FOX

# DELICIOSA

por Janet Gaynor y Charles Farrell

★

La creación de Nancy Carroll

# CIELO ROBADO

★

**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre y únicamente lo mejor

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11



E  
B



**Precio: Una peseta**